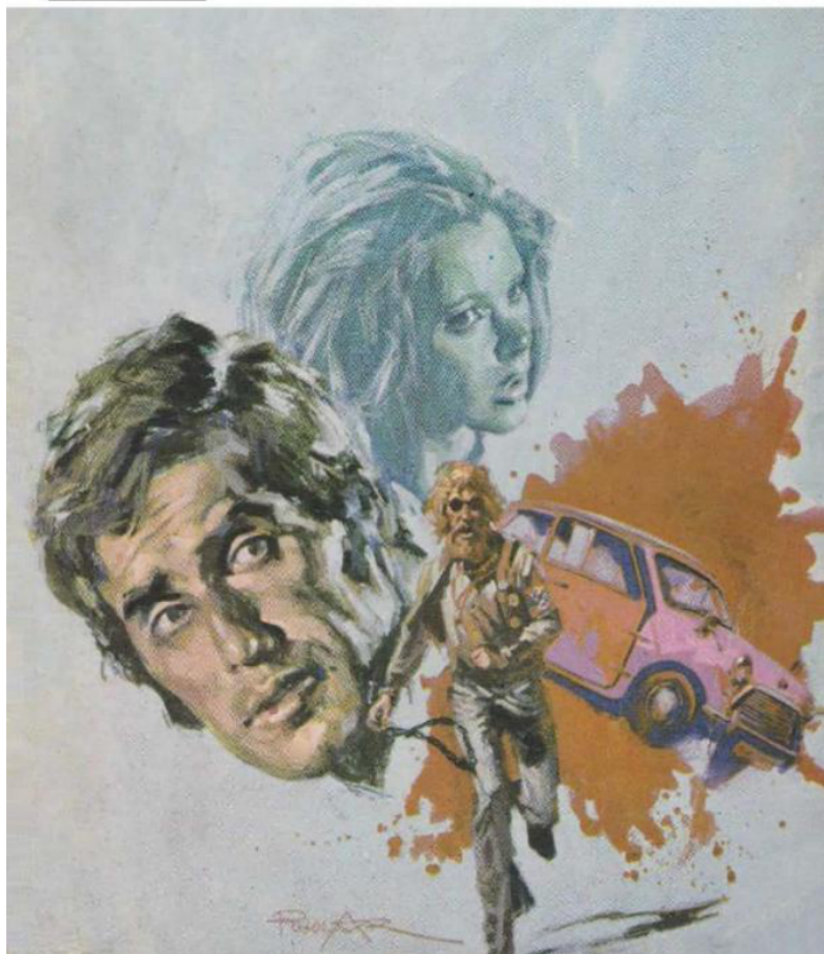




túnel siniestro

peter debry



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA

LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

PETER DEBRY

TUNEL SINIESTRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 576
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 12.330 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1973

© PETER DEBRY – 1973

texto

© ALBERTO PUJOLAR – 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Brod Garvin, Geo Cohen y yo estábamos pescando truchas cerca de la antigua mina de cobre, cuando sonó el estampido. Un estrépito súbito, como si una banda de borrachos invadiera el bosque conduciendo tractores.

Después, un silencio total, y nosotros tres permanecíamos boquiabiertos, hasta que Brod jadeó:

—¿Qué demonios ha sido?

—Retumbó como si un coche, tomando el viraje demasiado por fuera, se estrellase en la vieja carretera de la mina —dije yo.

Salí fuera del agua, chapoteando las botas, y empecé a correr, abandonando mi caña de pescar. A los diez metros me pasó delante Brod. Era pequeño, delgado, y podía correr como un Foxterrier. Yo soy más pesado.

Por entre los matorrales, atrás, nos seguía Geo resoplando y perdiendo terreno. Por su corpulencia y aspecto parecía un Terranova, ostentando la misma expresión de digna melancolía del perrazo nodrizón.

La distancia era tan sólo de un cuarto de milla pero al final yo resollaba agotado, necesitando pulmones de recambio. Ver combates de boxeo por televisión no es un entrenamiento apto para una carrera de comando a través de matorrales y pedruscos.

El escenario del accidente era tal como me figuraba. Desde lo alto de la colina, al borde de la carretera general, hasta el barranco, había una ancha franja de tierra y brezales recientemente removidos y a su final, un «Cadillac» negro, retenido a un árbol por un guardabarros aplastado.

No estaba destrozado por completo gracias a aquel tronco. A unos tres metros, a la izquierda del coche, un hombre alto, vestido con severa distinción, iba dando vueltas en un corto espacio, tratando de contener la hemorragia nasal con su pañuelo.

En la frente lucía un chichón del tamaño de una manzana. Mirándole alelado, cerca del coche, estaba mi amigo Brod Garvin, con el rostro gris, y temblándole las manos como si estuviese a punto de cogerle un ataque de epilepsia.

Brod es inteligente, pero nervioso y con una tendencia a la parálisis mental ante casos imprevistos, lo cual le hace ser un abogado de tercera en la ciudad de Cumberland.

Me miró, balbuciendo:

—Hay... hay alguien en el asiento posterior, Hart.

Me abalancé al «Cadillac». Había un anciano sentado atrás, esquinado, y retenido por un cinturón de seguridad. La puerta estaba abierta, salida de uno de sus goznes.

Sólo le toqué el pulso. No latía. Estaba bien muerto. Y no tenía la menor herida aparente, por lo cual debió morir por culpa de su corazón que estallaría al salirse el coche de la carretera.

Únicamente para acabar de asegurarme, deslicé mi mano bajo su camisa, sin hallar el menor latido cardíaco. Al disponerme a retroceder, un destello metálico en el asiento me atrajo. Recogí el encendedor a prueba de viento, que siempre llevo cuando voy de pesca. Tenía mis iniciales:

«H. W. R.»,

Hart William Rivers. Debió caérseme del bolsillo al inclinarme sobre el viejo.

Cuando apartándome del coche, di media vuelta, había en torno ocho muchachos entre quince y diecinueve años, mirándolo todo con ojos excitados, como si aquel accidente hubiese tenido lugar sólo para entretenerles la aburrida tarde dominical.

Vestían con pantalones téjanos y camisas agresivas que iban desde el amarillo limón al verde más lechuga. Se identificaban por las letras que llevaban a la espalda de la camisa: «Velox, M. C.» El Velox Motoclub.

No les conocía, pero había oído mentarles con maldiciones. Una manada de jóvenes gamberros, petardeando sobre motos, asaltando fiestas, separando las parejas, interrumpiendo la música y demás monadas.

El jefe de policía los consideraba una pesadilla local. Yo los contemplé con poca cordialidad..., porque ya hacía tiempo que había cumplido la mayoría de edad responsable. Dije a Brod:

—Mantenlos apartados del coche.

Y me acerqué al otro accidentado, que estaba ahora sentado en una roca, murmurando algo.

Su rostro carecía de expresión. Había ya contenido la sangre de su nariz, pero el bulto en la frente iba adquiriendo el color de una berenjena.

No hacía más que repetir la misma frase:

—Estimo necesario darle mi opinión afirmándole que este instrumento producirá efectos contrarios a su propósito... Estimo necesario darle mi opinión afirmándole que este instrumento...

Como un disco en que la aguja únicamente sigue una sola ranura. Ya había llegado Geo Cohen, sin respiración, soplando como una foca. Pero aun así, gozaba de su sentido común.

Cogió las dos mantas que estaban enrolladas en el asiento posterior del coche, y, a la vez que se acercaba, indicó:

—Mejor que lo cubramos, Hart, manteniéndole en calor hasta que llegue el médico.

Extendimos una manta en la hierba, cogimos suavemente al herido que se dejó tender dócilmente y lo cubrimos hasta el cuello con la otra manta.

Oí a Brod ladrar, con acento cortante:

—Por última vez, muchachos, os repito que os apartéis del coche o habrá jaleo.

Uno de los muchachos miraba al interior del coche y los otros, a codazos, habían apartado a Brod. Todos eran de más estatura y cuerpo que mi amigo.

Me acerqué, empecé a dar codazos y cogí por el cuello de la camisa granate al que estaba mirando al interior. Lo empujé. Dio un traspié y cayó sentado en la hierba. Dije como un maestro de escuela:

—Cuando un hombre dice que os apartéis, quiere dar a entender que le debéis hacer caso.

El de la camisa granate saltó en pie. Era robusto y de mi peso, aproximadamente. No titubeó ni un segundo. Me embistió con dos *swings* técnicos, y si no hubiera estado tan furioso, me tumba por más de la cuenta, ya que yo estaba aún algo debilitado por mi reciente galopada.

Pude esquivar, quedó al descubierto y le plantifiqué un gancho

en la barbilla. Volvió a caer en la hierba, y logrando arrodillarse, chilló:

—¡Aplastadle, aplastadle!

Di media vuelta, pero los otros siete muchachos a mi espalda, permanecían quietos en vez de atacarme. Comprendí el porqué.

Geo Cohen les encañonaba con la pistola de pequeño calibre con la que cazaba cuervos cuando íbamos de pesca, a la vez que decía calmosamente:

—Nadie aplasta a nadie aquí. Veamos, muchachos, ¿por qué no os portáis correctamente? Sobre todo tú, Dunn Clyde.

O sea, que el de la camisa granate era Dunn Clyde.

En aquel momento, se levantó gruñendo:

—¿Quién se cree que es este tipo? —Eso iba por mí—. No tengo por qué aguantar de nadie que me empuje ni avasalle.

—Te aguantas, Dunn —aconsejó Geo—. Y si no os vais ahora mismo, informaré a la policía. ¿Estamos?

Dunn Clyde miró a sus compañeros y les dijo:

—Vámonos.

Se alejaron en fila india, y Brod Garvin comentó:

—Tenemos que avisar a un médico y el teléfono más próximo está a media milla. Yo soy más rápido que vosotros.

Petardeaban ya las motocicletas cuando llegando a la carretera, alzó Brod Garvin la mano como un agente de tráfico, y, asombrado, vi cómo los del club Velox frenaban.

Brod habló con el mocetón de la camisa granate, montó en el sillín trasero y la comitiva reemprendió su marcha.

—¡Vaya valor que tiene Brod! —murmuró Geo, admirado.

Geo Cohen, cajero del Banco Nacional de Cumberland, era valiente y lo demostró cuando tres años antes un par de enmascarados intentaron atracar su caja. En pocos minutos, los dos asaltantes estaban en el suelo, y Geo Cohen los estaba apuntando con una humeante «Browning».

Ahora me incliné yo sobre el herido que se hallaba tendido entre mantas. Seguía murmurando para sí y no teníamos más remedio que esperar al médico.

—Vamos a sentarnos cómodamente, compañero —me dijo Geo—. Porque no tardará en venir todo el equipo de la ley.

—¿Por un simple accidente?

Me miró extrañado.

—¿Es que no conoces al muerto que está en el «Cadillac»?

Volví a mirar hacia el coche. Había algo familiar en el viejo, pero no podía recordarle, y menos con su última expresión de miedo y agonía.

—¿Quién es él? —pregunté.

—¡Y te consideras un periodista!

—No soy un periodista. El papel que edito es pura y simplemente una guía comercial para ir de tiendas y no quiero saber nada con noticias, ni me interesan.

—Y yo que siempre pensé que tenías la sangre envenenada con la letra impresa.

—Eso es lo que les dicen a los novatos. Que el notición penetra en la sangre, que corroe como un cáncer. Yo me curé a tiempo porque no quise terminar en el Asilo para Locos Criminales del Estado. Y ahora, si no tiene más preguntas, señor Cohen, ¿quiere tener la bondad de soplarme quién es el viejo muchacho que está empleando como ataúd su «Cadillac»?

—Nada menos que Mark Murchison, nuestro creso local.

Silbé.

Todo el mundo ha oído hablar de Mark Murchison, aunque pocos le hayan visto. Tenía una casa inmensa al norte del lago Popular, una casa rodeada de unas pocas hectáreas de terreno, circundadas por alambres, tapias y puertas.

No cabía duda que su muerte iba a sacudir todos los telégrafos y redacciones, y que la policía iba a ponerse muy cautelosa con tal de evitar el menor error.

Primero se asegurarían de comprobar que aquello era un accidente fortuito y no provocado. Después, el Colegio de Cirujanos y demás expertos, iban a hacer toda clase de pruebas en la autopsia.

—Bien —dije sin mucha convicción—. A nosotros eso no nos producirá jaqueca.

—¿No? —Gruñó Geo, instalando su corpachón lo mejor que pudo en el hueco de una roca—. Espero que así sea, compañero, pero como fuimos los primeros en acudir al lugar del accidente, tendremos que demostrar que vinimos de pesca, sin premeditación ni alevosía y sin haber pactado ningún complot contra la preciosa vida del viejo Murchison. Después, nos harán simpáticas

preguntitas, como por ejemplo: «¿Nunca ha estado en la cárcel antes de ahora?». «¿Y su papá y abuelo?». «¿Pega usted a su abuela cuando bebe en exceso?». «¿Si le ofreciesen un millón de dólares por ocultar algo, lo rechazaría?». Y no te barrenes el seso tratando de contestar con decencia, porque ningún policía te creerá. La policía recluta muchachos que tienen poca fe en la humanidad.

—Tendrán que pensar también en la banda del Velox Motoclub. Tal vez tumbaron el «Caddy» para poder robar los neumáticos. Puestos a sospechar, tenemos que enfocar todos los ángulos.

—No son delincuentes juveniles.

—Seguro que no. Sólo son normales y bromistas jovencitos, uno de los cuales quiso tumbarme por más de la cuenta y vociferaba después pidiendo que me aplastasen.

—En el fondo son muchachos sin tutela paterna. El padre de Dunn Clyde, por ejemplo, es sargento y está destinado en Europa. La madre de Dunn es camarera y no llega a su casa hasta las once de la noche. En fin, no quiero ponerme sentimental.

—Ni yo. Voy a echar un vistazo a la carretera.

—Si yo fuese tú no lo haría. La policía puede pensar que es sospechoso y síntoma de una conciencia intranquila. Claro, que si no vas, también pensarán que resulta sospechoso que no vayas a esperarles. Yo no voy porque estoy demasiado gordo para trepar colinas.

Fui a la carretera. Había llovido la noche anterior y el borde del viraje estaba derrumbado, dejando espacio para una moto, pero no para un coche de calibre.

La marca de las ruedas en su patinazo contaba el accidente.

Me recliné contra un árbol encendiendo un pitillo. Volví a mirar mi encendedor, intrigado. Mientras pescaba en el río, había fumado un par de pitillos. Y tuve que pedirle fósforos prestados a Geo, porque pensaba que había dejado mi encendedor en casa.

Y de pronto, aquel encendedor había aparecido en el asiento posterior del «Cadillac». Pequeños misterios de la vida.

La policía llegó a la media hora. Hicieron preguntas, pero sin la mala intención que suponía Geo. Vinieron ingenieros de carreteras, certificando que aquello era un accidente que a cualquiera le hubiese podido ocurrir.

El médico de cabecera de Murchison testificó que el viejo

padecía del corazón y había sido casi un inválido en los últimos cinco años.

Todo lo cual decepcionó a mis colegas periodistas, no porque fueran hienas, pero un millonario asesinado hubiese sido una noticia buena.

El hombre alto, que conducía el «Cadillac» cuando el accidente, resultó ser Preston Lowe, el abogado principal de la prestigiosa firma

Lowe & Lowe

& Barclay.

No tenía fractura alguna, pero lo llevaron al hospital porque el choque había conmocionado su cerebro, que no salía de un punto muerto, como una aguja en un disco roto.

Sólo después de las nueve de la noche, cuando abandonaba el juzgado, me acordé que habíamos dejado nuestras cañas de pescar junto al río. Fui por la mañana y no las encontré.

Comuniqué la desaparición a la policía. Podía parecer trivial después del importante accidente, pero la caña y su aparejo me habían costado cincuenta dólares.

Llegué a las diez a mi despacho. Marion Dahl estaba tecleando la máquina y me deseó unos buenos días muy poco amables. Es una preciosa criatura y si afirmo que su figura deja a la Venus de Milo convertida por contraste en una masa amorfa, sólo digo la pura verdad.

Tiene por ojos dos inmensos focos verdes y la melena que roza sus hombros es cálido sol. Todo el arte de los museos no podría decorar mi oficina mejor que la sola presencia de Marion Dahl.

Pero cuando está enojada conmigo, me siento como si acabase de robarle dinero a un ciego para comprar un revólver con que matar a su perrito guía.

Me detuve en su despacho.

—No me pareces contenta con la vida, muchacha. ¿Un leve ataque de tinta primaveral, quizá?

Me miró como si fuera yo el Judas de la profesión.

—Fue un buen reportaje el que proporcionaste a otro periódico sobre el accidente de Murchison.

—Total, nada. Siempre procuro ser amable con los niños, animales y periodistas. El periodista al que le di una mano, era un

debutante.

—Espero que te sentiste feliz. Y ahora vete, porque tengo trabajo.

—Si ha de satisfacerte el que mi revista de tiendas se convierta en un sensacionalista colector de casos y lance dos tiradas diarias, puedo enviarte a Moscú como corresponsal.

—Por favor, señor Rivers, estoy muy atareada para poder apreciar la ironía barata.

Yo no le podía reprochar el mal talante. Estaba recién graduada y ansiaba escribir algo sensacional.

Como por ejemplo, que el candidato presidencial McGovern había pactado con Ursula Andress fundar una Hermandad de Nocombatientes para la Tercera Guerra Mundial.

Pero mi *Guía para Compras* no era un periódico. Era una revista publicitaria. Veinticuatro páginas por semana dedicadas en su ochenta por ciento a anuncios y propaganda, me proporcionaban buenos ingresos y poco dolor de sienes.

Yo había sido periodista y estaba harto de titulares, como por ejemplo: «Alcalde íntegro acusado de fraude electoral» o «Doblemente traicionado el cajero fiel se estalla los sesos».

Tal vez con el tiempo me pondría gordo y bobo, pero no quería pasar el resto de mi vida tomando bromuro y mimándome una úlcera.

Sin embargo, había hecho una concesión en mi guía para tiendas y compradoras. En vez de chistes y recetas de cocina para relleno, lo redondeé con noticias sociales: viajes, nacimientos, bodas, fiestas, defunciones, etc.

Y una columna de suaves comadreos a cargo de «Tía Mary», que era Marion.

Me di cuenta que el asunto Murchison le hubiera gustado a Marion adornarlo y había decidido firmemente abandonar todo periodismo activo.

Marion estuvo muy fría conmigo durante toda la semana.

Y al siguiente martes vino a visitarme el teniente detective Jess Hanson.

CAPÍTULO II

Jess Hanson era un hombre delgado, que parecía un camarero fastidiado, y que engañaba a mucha gente con su aspecto. Nos dijimos «hola», nos sacudimos la diestra, y se instaló soñoliento en la silla, tomándose tiempo para encender su pitillo.

Comprendiendo que no había venido para admirarme, le pregunté:

—¿Qué se trae entre cejas, Jess?

Miró al techo como intentando pensar en algo que pudiera traerse entre cejas, y por fin admitió:

—Ya... ¿Cuando llegó al coche de Murchison en seguida después del accidente no vio nada parecido a una cartera de documentos, piel de lagarto, con las iniciales «P. L.»?

—Si estaba en el coche, no la vi.

—Intente pensar en ello. Podía estar en el asiento delantero.

—No la vi. ¿La robaron?

—Para decirle la verdad, ni siquiera sabemos si estaba en el coche.

—«P. L.» debe ser Preston Lowe, el abogado de Murchison. ¿Por qué no se lo pregunta a él mismo?

—Lo hicimos, sin sacar nada en limpio. El golpe en la cabeza le produjo amnesia y no recuerda ni cómo se llama.

—Pobre hombre —dije con sinceridad.

—Sí, pero de momento no nos sirve para nada.

—¿Había algo de valor en la cartera?

—Tampoco lo sabemos.

—Hermano, le veo a usted como un ciego buscando un sombrero negro en un sótano a oscuras.

—Algo parecido —admitió.

—Si Lowe tiene amnesia, ¿cómo sabe usted que llevaba consigo una cartera? Él no pudo decírselo.

—A mi oficina llegó una historieta, y tratamos de comprobarla. La obtuvimos del mayordomo de Murchison, un pájaro llamado Leonard. Él y su esposa llevan la casa del lago y se cuidan de ella cuando el viejo no pasaba temporadas en ella. Todo esto es privado, Hart. El patrón no quiere que aparezca en los periódicos.

—Yo no tengo ningún periódico, Jess.

—Ya sé, ya sé, pero a veces el veneno de la Prensa vuelve a picar. Bien, según Leonard, el viejo Murchison había muerto sin testar, y llamó al patrón para decirle que si lo que firmaron él y su esposa no era un testamento, entonces él, Leonard, es un analfabeto. Después añadió que Lowe había venido con su cartera de piel de lagarto y que está ciertísimo que se la llevó consigo. Y así está la cosa.

Silbé suavemente:

—Hermano, si no hay testamento los abogados van a tener ocasión de ganarse extras. He oído decir que el viejo deja unos diez o doce millones, y los presuntos herederos estarán arañando el aire.

—Al diablo con los herederos —imprecó Hanson—. Si no encontramos ese testamento..., el Departamento entero quedará a la altura de un establo mulero.

—Tal vez no hubo ningún testamento. Tal vez Leonard se equivoque...

—Hay un testamento —me atajó Hanson secamente—. Leonard y su esposa están ciertísimos.

Vi que sus ojos eran tan fríos como un cierzo gris de enero y me contemplaba poco amistosamente. Me sonrojé:

—Ey, ey... Si está usted pensando que yo hice juegos de manos con el testamento de Murchison, está como una cabra, hermano. ¿Qué iba yo a hacer con un papel como ése? ¿De qué...? —Me atraganté.

Me atraganté porque le veía las cejas arqueadas en supuesto asombro. En realidad, él no me había acusado de nada.

—¿Por qué se pone tan excitado, Hart? —me preguntó melosamente.

—Por nada. Siempre me pongo excitado los martes. ¿Otra pregunta?

—Usted, Brod Garvin y Geo Cohen fueron los primeros en llegar, apenas ocurrió el accidente, ¿no?

—Apenas se produjo, no. Estábamos pescando truchas a un cuarto de milla cuando oímos despeñarse el coche. Y había algunos muchachos...

—Los muchachos llegaron después, y se fueron antes que usted, y no se llevaron ninguna cartera. Eso me han asegurado Geo Cohen y Brod Garvin.

Volví a acalorarme, pero esta vez me lo pensé antes de echar fuera el vapor en palabras. Hanson era un policía veterano, y era parte de su técnica poner a sus sospechosos en el disparadero con la teoría de que cuanto más se enfurecía uno, peor se le ponía a uno el panorama.

Consideré que lo mejor era tomarme las cosas por lo grotesco. Reclinándome en mi sillón, entrelacé mis manos a la nuca, y dije:

—Hice mal, Jess, y ya que está aquí estoy dispuesto a reconocerlo.

—¿A reconocer qué?

—Todo.

—¿Qué es ése todo?

—El robo del testamento y todo esto. Yo lo hice.

—¿El qué? —Y Hanson aplastó su colilla en el cenicero, que si no llega a ser de hierro, se lamina.

—La cosa pasó así. Resulta que Murchison era mi padre por parte de madre, sólo que nunca lo quiso confesar, aunque tengo los documentos probatorios. Yo siempre he querido tener un millón de dólares, y por esto cuando vi el testamento en el asiento delantero del «Cadillac», perdí la cabeza. Sólo podía pensar en que necesitaba un par de patines...

Yéndose a la puerta me dijo Hanson:

—Nos volveremos a ver, Hart.

Se fue. Y me puse a meditar que yo acababa de meter la pata. Aparte de la carencia de sentido del fino humor que caracteriza a la policía, había una realidad: dijo Jess que si no hallaban el testamento se pondrían en ridículo.

O sea, que no estaba de humor para apreciar mis ironías de brocha gorda.

No hacía un minuto escaso que había salido el teniente Hanson, cuando entró en mi despacho Marion. Le chispeaban los ojos, y me espetó:

—No puedes rechazar la ocasión de imprimir esta noticia, Hart.

—¿Es que en la academia no te hablaron de la llamada ética periodística, muchacha?

Ella captó equivocadamente la onda, porque confesó:

—Naturalmente que estuve escuchando por la cerradura. ¿Por qué no iba a hacerlo? Un periodista debe espiar y escuchar cuanto pueda.

—Puedo comprarte un auricular con amplificador y todo si quieres, pero cuando alguien dice algo en privado no puede publicarse a menos que quien lo cuente de el permiso.

—¿Por qué no puede publicarse?

—Porque sería violar una confidencia.

—Es que alguien tan estúpido como para contarle secretos a un periodista, merece ser violado. ¿Qué pasa? Bueno, quise decir que su confidencia puede ser violada, estúpido. ¡Este «reportaje» puede ser el más...!

—Basta, Marion. Lo que acaba de contarme Jess no es publicable, y aunque pudiera publicarlo, no quiero.

Esperé que empezara a protestar, pero me miró como si contemplase a un gusano atacado de lepra:

—No sé lo que pasa contigo, Hart. Fuiste un excelente periodista. Trabajaste en los mejores periódicos de la región. ¿Ya no sientes el menor deseo de publicar un buen «reportaje»?

—Lo siento, pero todavía sé dominarme. También me gustaría emborracharme hasta echar licor por las orejas, pero sé que a la mañana siguiente me despertaría con un dolor de cabeza tremendo. Es decir, ya no tengo ímpetu juvenil.

Ella me sonrió. Una sonrisa que me puso furioso. La misma sonrisita de mi hermana mayor, cuando, teniendo yo doce años, le dije que sólo los afeminados jugaban con chicas.

Si además de la sonrisita, Marion me hubiese dado unas palmaditas suaves en la mejilla, el cuadro habría estado completo. Pero en vez de hacerlo, se sentó al borde de mi mesa, encendió un cigarrillo y osciló una pierna.

—Supón que te dijese que el abogado Presten Lowe no tiene la menor amnesia.

—¿Cómo lo averiguaste? ¿Deslizándote tras su espalda y chillándole al oído: «Jura decir la verdad, sólo la verdad...»?

—Se esconde en la Posada del Ciervo bajo el nombre de Perry Lambert. Me lo ha contado Flora Clyde, la madre de Dunn. Es camarera allí. El abogado come en sus habitaciones y no sale para nada. Si tuviera amnesia, ¿no estaría en la clínica?

—Yo te creía con más cultura, preciosa. La amnesia es simplemente una pérdida ocasional de la memoria producida por un choque anímico, fiebre, contusión... Es algo que no requiere que el señor Lowe sea embutido en la cámara de oxígeno. Y el señor Lowe no está ya en la clínica, porque hace días que se repuso de las contusiones físicas.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi querida e inocente criatura, dos puntos, una de las funciones primordiales de los periodistas es informar a los ignorantes ciudadanos como yo, de los movimientos relativos a personajes importantes como el señor Lowe.

—Yo te preguntaba, ¿que cómo sabes que tiene amnesia? ¿Sólo porque el detective Hanson te lo ha dicho?

—No sé si el señor Lowe tiene o no amnesia, ni me importa, ya que esto no cambiará el curso de mi quieta existencia.

—¿Por qué se esconde en la Posada del Ciervo bajo el nombre de Perry Lambert?

—Probablemente porque no se acuerda ni del suyo propio. Y también es posible que se aloje en la vecindad del lugar del accidente, porque así pudo tener ocasión de revisar el sitio donde se estrelló.

—¡Has estado espiándole! —me acusó ella.

—Sólo pura deducción, querida. Como veterano, deduje que el señor Lowe fue llevado al lugar del accidente por el teniente Jess, más que con la esperanza de que recobrarse la memoria, con el propósito de encontrar el testamento de marras. Y ya que vino aquí Jess, es que no dieron con el testamento.

—¡Por lo tanto estás escribiendo el reportaje!

—Ni hablar. Todo lo que en el momento presente estoy escribiendo es el anuncio para el Caldo Concentrado de Liebre Francesa.

—Supón que yo pueda demostrarte que Lowe no tiene amnesia... Supón que yo pueda averiguar lo que sucedió con el testamento...

—Y supón que yo te pesque intentándolo. Pasarías por caja a cobrar la semana de despido, porque yo soy dueño de una revista femenina, y no de un periódico criminalista.

—¡Ya sé lo que te pasa! ¡Tienes miedo! Te asusta ya la lucha. Has perdido el valor.

Y salió dando un portazo que hubiera entusiasmado al gremio de carpinteros remendones.

Me quedé rumiando si un dueño de negocio, aunque deseando casarse con su secretaria, puede permitir que ésta le ofenda. Escribí en el bloc recordatorio: «Despedir a M. D.».

Debajo fui dibujando una silueta femenina, y por fin arranqué la hoja que fue al cesto de los papeles.

Una hora después me llamaba por teléfono Geo Cohen:

—Por el amor de Satán, compañero, ¿qué le has hecho a Jess Hanson? Está inflamado como un limón agrio.

—Estuve torpe —admití sinceramente—. Me empezó a marear con el testamento de Murchison y le contesté con cuchufletas.

—Pues vas listo, compañero. Esto es muy serio, y te consta que la policía sólo se ríe de sus propios chistes. Será preferible que te aclares con Jess, porque tiene la idea de que pudiste hacer algo con el testamento.

—Esto es una idiotez, Geo.

—No tan idiotez, puesto que te interrogó y sólo le soltaste chistes. Tengo un amigo en el despacho del fiscal, y ya están pensando que retienes el testamento, para dar tiempo a que cunda la alarma, y entonces largarte tú con el reportaje sensacional. ¿Te das cuenta que puedes aterrizar entre rejas por retener un testamento?

—¡Maldita sea, Geo! No tengo la menor idea de dónde se halla este dichoso testamento.

—Lo sé y lo sabes tú, pero trata de que ellos tengan esa seguridad también.

Colgó y me quedé convencido de que tenía razón. Por esto llamé al fiscal, que escuchó mi arrepentimiento por haberle gastado una broma pesada a su detective Jess, y que me replicó fríamente:

—De todos modos, señor Rivers, cualquier información que nos sea útil comuníquela o póngase inmediatamente en contacto con Jess Hanson, quien lleva el caso.

Colgué y seguí meditando. Pasé al despacho de Marion, y, cogiendo una silla, me senté frente a ella:

—Escucha, Marion, no podemos jugar con este asunto Murchison.

—Sí, señor Rivers, lo comprendo perfectamente.

—No, no lo comprendes, Marion. El fiscal está persuadido de que yo ando complicado en la desaparición del testamento y la cosa se pondría ardiente si nos pusiéramos a investigar.

—Lamento mucho lo que sucede, señor Rivers.

—O sea, que hazme el favor y abandona este asunto. ¿De acuerdo?

Me dedicó una mirada polar.

—Salvo error u omisión, señor Rivers, yo estoy asalariada aquí para escribir las noticias sociales y chismes semejantes, pero lo que pueda hacer después de mis horas de oficina es asunto enteramente personal, ¿no? Es decir, que si me da por atravesar las cataratas del Niágara metida en una bolsa de nylon, usted no puede prohibírmelo, ¿no es así?

—Sé razonable, muchacha. Reconozco que el asunto puede ser un reportaje maravilloso, pero no tengo un periódico, y aunque trajeses la mejor de las noticias no podría publicarla.

—Me alegra oírsele decir, señor Rivers.

—Estupendo —dije con cierto recelo—. ¿Olvidado?

—Usted puede olvidarlo, señor Rivers. El *Guía para Compras* no está interesado en este reportaje.

—Eso es. Absoluta, positiva y definitivamente no interesado.

—Y no lo publicará usted aunque tuviera una exclusiva.

—Eso es.

—Entonces no tiene el menor motivo para protestar si doy el reportaje al *Cumber Post*. He llamado al editor que pagará cien dólares más cinco por línea en un reportaje exclusivo. ¿Qué le sucede, señor Rivers? ¿Le duelen los dientes?

—No, no... Si rechino las muelas es porque me olvidé de ponerme la camiseta de felpa... Vamos, vamos, Marion, supón que esta noche cenamos juntos y charlamos un poco más sobre el tema.

—Mil gracias, señor Rivers, pero durante varias noches estaré muy atareada, ya que me han prometido una gratificación si encuentro el testamento.

Preferí abandonar la contienda. Regresando a mi despacho, pensé que había montañas de sabuesos periodistas en el asunto, y que Marion tenía tantas posibilidades de localizar el testamento como una gata de coger un hueso en Dogolandia.

Junto a la ventana, encendí pensativo un cigarrillo, y fui haciendo saltar mi mechero en la palma. Se me cayó y al recogerlo sentí un escalofrío.

Con claridad de rayo me veía recogiendo el mismo encendedor en el asiento del «Caddy» junto al difunto Murchison. Entonces había pensado que se me cayó del bolsillo.

Pero ¿de qué bolsillo? Me los registré todos mientras pescaba, y tuve que pedirle fósforos a Geo. ¿Quién había plantificado aquel encendedor en el «Caddy» para que sospechasen de mí con relación al testamento?

Si era así, quien fuese pudo plantificar otras «evidencias» contra mí en otros sitios. Y si las encontraba Jess Hanson saltaría encima como un sioux sediento de sangre..., de sangre de Hart Rivers.

Suspirando, me concentré en la media página de anunció por la Central Vaquera. Algo que habitualmente me hubiera retenido media hora, me ocupó todo el resto de la mañana.

Tenía la vaga sensación de que iba a ser castigado por algo que no hice. De todos modos el *Guía para Compras* apareció sin que se me echaran encima los esbirros de la ley, pero la semana sólo estaba comenzando.

Y ni delirando hubiese podido yo imaginar lo que me esperaba para el resto de la semana y mes.

CAPÍTULO III

El viernes por la mañana fui a la Posada del Ciervo con la intención de que Banks, el propietario, aceptase una idea sobre media página de propaganda. Discutimos media hora, y no saqué nada, salvo las tres líneas semanales de su anuncio corriente.

Yo no pensaba charlar con Preston Lowe, alias Perry Lambert, pero ya que estaba en la posada no creí perjudicar a nadie, buscándolo. De todos modos lo hice despistando.

Paseé contemplando las piernas de las muchachas en la piscina y las piernas de otras muchachas jugando al tenis.

Naturalmente, también mis ojos buscaban al abogado Lowe, puesto que si estaba yo en la posada no tenía sentido que no le buscase. Lo encontré. Sentado en una tumbona, más bien tendido, al amparo del follaje de unos arbustos, y si no llego a inclinarme para atarme el cordón de un zapato, ni le veo.

Alto, fuerte, y de rostro bronceado, parecía estar ensimismado. Repté bajo las ramas, que casi rozaban el suelo, y surgiendo le saludé jovial:

—¿Qué tal, señor Lowe, cómo se encuentra hoy?

Me miró con incertidumbre, pero contestó:

—¿Qué tal?

—Posiblemente no me recuerda —y acabé de librarme de las ramas—. Soy Hart Rivers, uno de los tres que le encontraron después del accidente.

Dijo: «¡Ah!», como podía haber dicho: «¡Oh!». Totalmente indiferente.

—Pasando, le he visto por casualidad —mentí como un bellaco—, y me he parado para preguntarle cómo se encuentra.

—Mucho mejor, gracias —contestó apático—. No me crea rudo porque no le reconociese, pero..., parece que he perdido un poco la memoria.

Miró la cortina de follaje que nos separaba del mundo y preguntó:

—¿Me quería ver por algo en particular, señor Rivers?

Enrojecí un poco, ya que me había tomado el trabajo de un detective para localizarle en aquella cueva de follaje, y no quería que se creyese que yo venía para sonsacarle nada.

—No, no. Sólo para saber cómo estaba.

Me miró con ojos penetrantes.

—Espero que no le ofenda mi franqueza, señor Rivers, pero en mi opinión es usted un embustero. No me vio pasando y por casualidad, ya que nadie por casualidad puede encontrarme aquí, puesto que escogí este sitio para librarme de los idiotas que desean ver qué aspecto tiene un hombre que ha perdido la memoria. Le digo esto para que así nuestra conversación no siga sobre la base de falsas premisas. Y deduzco por lo tanto que usted, señor Rivers, me buscó deliberadamente.

—Bien, pues sí... Resulta que vine a la posada para negocios y empecé a pensar en cómo se encontraría usted...

—Por favor, señor Rivers, es sólo mi memoria la que está afectada, no mi inteligencia. Sus evasivas no engañarían a un infante de tres años. Deduzco que si ha venido es instigado por esta turba de doctores psiquiatras que, además de ser unos retrasados mentales, son unos charlatanes.

—Bien, yo...

—Está perdiendo el tiempo, señor Rivers. Las pruebas a que me someten los médicos son estúpidas. Supongo que le enviaron para que gritándome «¡Búúú!» el choque me devolviera la memoria. Han intentado otras majaderías semejantes, incluyendo hincarme alfileres en mi posterior. Es mi opinión que en esta posada, incluyendo mis médicos, no curarían a un sediento aunque tuviera en la diestra una jarra de agua y en la zurda un tonel de cerveza.

—Nadie me ha enviado. Vine por curiosidad.

—¿Y quiere ver qué aspecto tiene un amnésico? ¿Qué esperaba, señor Rivers? ¿Que sólo tuviera yo la mitad de la cabeza?

—Algo semejante, ya que soy un hombre vulgar y crédulo.

—Lamento decepcionarle, pero puedo asegurarle que voy rápidamente readquiriendo un lote de antiguos conocimientos.

—Ya, «Dura ley», «*habeas corpus*», «Considerando y resultando

que, otro sí»...

—¿Cómo...? Ah, lo siento, pero esto también lo intentaron, diciéndome que yo era un abogado, pero aún no me consta. ¿Hay otro juego verbal que quiera intentar antes de irse, señor Rivers?

Me estaba dando puyazos, y habitualmente yo le hubiera devuelto los pinchazos, pero le veía los ojos y tras la córnea había un hondo miedo angustioso, como si estuviera mortalmente asustado ante la idea de poder algún día recobrar la memoria.

—No vine a intentar trucos de fakir, señor Lowe. Para decirle la pura verdad, estoy complicado en este asunto, ya que fui uno de los primeros en llegar al lugar del accidente y la policía piensa que tengo algo que ver con la desaparición del testamento de Murchison.

Inhaló aire y dijo, tartajosamente:

—Ah, sí, el testamento.

—¿Recuerda si hubo un testamento?

Esperaba que me dijese que no, pero crispando las manos, replicó:

—Hubo algo parecido, que no me preocupa, pero ya me han hablado tanto de ello, preguntas, preguntas y más preguntas..., que ya no puedo diferenciar entre lo que pienso y lo que me han dicho. Creo que si puedo estar más tiempo a solas...

—Entonces, ¿hubo un testamento?

—Sí, lo hubo. Puede parecerle extraño que sea tan terminante, pero hubo un testamento y existía mi cartera de documentos de piel de lagarto. ¿O fue esto último algo que ellos me dijeron? No, no puedo ser terminante ni positivo en nada, señor Rivers. Lo lamento, pero no puedo ayudarle. Si tiene molestias con la policía —y en su sonrisa hubo ironía—, es mi opinión que busque usted un buen abogado.

Cerró los ojos y pude apreciar que estaba cansado.

—Bien, buena suerte, señor Lowe.

Él murmuró:

—Lo mismo le deseo, señor Rivers.

Me puse a reptar a cuatro zarpas bajo el ramaje, y al exterior una mano se me ofreció para ayudarme a ponerme en pie. La tomé, diciendo agradecido:

—Muchas gracias.

Pero me mordí el labio al ver a Jess Hanson, masticando estoicamente la astilla de un fósforo de madera. Por desgracia, apagado.

—Hola, Hart. ¿Comprobando si el tipo tiene de verdad la amnesia?

Yo debía tener los ojos como dos aceitunas sobresaliendo del palillo:

—Pues..., como pasaba por aquí..., me paré a ver qué tal estaba.

—Eso es muy caritativo, Hart. ¿Le trajo un ramo de rosas o una cestita con fruta y miel?

—Escuche, Jess. Le dije a su patrón que sentía mucho haberme portado como un payaso el día en que usted me visitó. No debí hacerlo.

—Bien, bien... Me conmueve su confesión, Hart, me conmueve mucho.

—¿Qué más quiere que haga, Jess? ¿Enviarle una postal en verso?

—Nada, muchacho, nada —y me palmoteo un brazo—. Pero como dice el señor Lowe, si la policía le molesta, señor Rivers, póngase en manos de un buen abogado.

Dio una cabezada y se marchó, transportando la astilla de fósforo de un lado a otro de la boca.

Fui a mi coche con la molesta sensación de que Sansón iba a usar mi inocente visita a Lowe contra mí. Total, había ido sólo a comprobar el estado de salud del pobre hombre, algo muy natural e inocente...

Pero supongo que cuando uno es policía, nada resulta inocente y natural. Es una lástima que otro sea policía, cuando uno es el sospechoso.

En la oficina, Marion estaba tecleando el anuncio de una boda.

—En caso que te interese saberlo, Lowe tiene amnesia de verdad. No es un simulador.

—¿De verdad? Gracias muchas, señor Rivers. ¿Lo psicoanalizó o le aplicó el JungTest? El señor Brod Garvin le espera en su despacho, doctor.

Estaba preciosa, y dominé mi deseo de darle un golpe en los hermosos labios.

—Enterremos el hacha de guerra, guapa. ¿Cenamos juntos esta

noche?

—No puedo asociarle a usted, doctor, con algo tan despreciable como una vil periodista.

—¡Lo que necesitas es un par de cachetes!

Y entré en mi despacho cerrando la puerta con un violento estampido.

Brod Garvin saltó en su silla como si acabasen de disparar el cañón último modelo, y casi le caí encima. Me había olvidado que me esperaba. Teníamos los nervios hechos papilla.

—¡Carambolas! —Gruñó Brod—. ¿Es que derribas siempre la pared cuando acudes a tu despacho?

—¿Es que tú saltas hasta el techo cuando alguien cierra una puerta?

—Del modo como embestiste, tuve que saltar para que no me arrollases.

Nos miramos con una mueca de amistosa conciliación, pero le pregunté:

—¿Por qué estás tan nervioso, Brod?

—¿Yo? No lo estoy. ¿Y tú?

—Yo tampoco, qué caray. Bebamos un trago.

Bebimos un trago, nos sentamos, y sacó Brod un sobre que tiró encima de la mesa.

—A ver qué te parece esto.

Era una hoja de libreta barata, con líneas azules impresas, donde un lápiz había escrito con mayúsculas:

«SIGUE CON LOS LABIOS ABROCHADOS Y NO
COMPONDRÁS EL PRELUDIO A TU FUNERAL».

No había firma. El matasellos era de nuestra ciudad. No había, como es lógico, ningún remite. Las letras estaban escritas con cuidado, como alguien practicando para pasar de párvulos a primer grado.

—Muy interesante —dije—. ¿Es que hay algo sobre lo cual tengas que abrocharte los labios?

—Geo Cohen recibió otro anónimo igual esta mañana. ¿Tú no?

Miré el montón de cartas apiladas en la bandeja, que no había abierto, puesto que estaba en la Posada del Ciervo haciendo la cabra, cuando llegó el correo.

Repasé rápidamente el montón y saqué el mismo sobre, el mismo papel, y el mismo mensaje que mis dos amigos Brod y Geo. Comparamos, y, por fin, dijo Brod:

—Geo, tú y yo. ¿Tienes idea de por qué nos mandan esto?

—La misma que tú, Brod.

—Es que lo que yo pienso es tonto. ¿Cuál es tu idea?

—El testamento desaparecido.

Suspiró aliviado.

—Entonces, no soy tonto. También he pensado lo mismo. Nuestro comunicante anónimo opina que sabemos algo del testamento.

Eché un paseo por los cinco metros de despacho y por fin deduje:

—Nuestro anónimo comunicante tiene el testamento, y se cree que sabemos quién es él.

—Eso es —aprobó Brod—. ¿Y quién es él?

—Partamos de otra pregunta menos difícil, hermano. ¿Por qué cree él que nosotros pensamos que él tiene el testamento?

—¿Fuimos...?

—Porque fuimos los primeros en llegar al coche.

—¡Claro! ¡Antes que nosotros estaba Lowe! Y la amnesia es algo muy fácil de disimular.

—Eso es lo que opina Marion, pero hace poco vi a Lowe y estaba convencido que tenía amnesia. Ahora, ya no lo estoy tanto.

—¿Le viste? Yo creí que estaba en su ciudad...

—No, está en la Posada del Ciervo bajo el nombre de Perry Lambert. Pero ¿qué sacaría él con suprimir el testamento?

—Muchacho, muchacho —me dijo Brod, compasivo—. Ojalá fuese yo el abogado con un testamento de millones, mientras los herederos se están cortando el cuello y arañándose. Sacaría lo que quisiese.

—Lo malo es que Lowe es un abogado íntegro.

—Incapaz de cualquier ilegalidad. Pero entonces, ¿quién pudo ser?

—Tardamos unos veinte minutos en llegar después de oír el estampido. Toda la banda municipal y el cuerpo de bomberos tuvo tiempo para mirar dentro del coche antes que nos acercásemos nosotros.

—Lo que no entiendo es por qué desapareció el testamento. Sólo servía a los herederos, y estimo improbable que uno de ellos estuviera allí esperando a que tuviera lugar el accidente...

—La policía cree que pude ser yo, para reaparecer ruidosamente en el teatro del reportaje sensacional.

—De momento, Hart, éste del anónimo puede decidir que sería mejor abrocharnos los labios eternamente. De ahora en adelante, vayamos con cuidado por la noche. Lo mejor será enviar estos anónimos a la policía.

—Bueno.

Ya en la puerta, añadió Brod:

—Nos conviene tener una licencia para uso de armas. Lo arreglaré con el juez.

Después que se fue, llamé a Marion para contarle... No hacía falta. Había pegado la oreja a la cerradura.

—Muchacha, yo no puedo impedir que te pongas a tallar en este diamante en bruto que puede ser éste asunto. Pero como existe la posibilidad de que vayas a la clínica de urgencia y no de visitante, es mi deber que labore contigo.

En vez de saltarme al cuello emocionada, me dijo:

—Aprecio el sacrificio que está haciendo, doctor Rivers, pero laboro en este reportaje por cuenta del *Cumber Post*. Por lo tanto, gracias por nada.

Miré apenado la puerta tras la que ya se había ido. Y entonces, para acabar de redondear bien la semana, el sábado por la noche recibí la primera paliza.

CAPÍTULO IV

El sábado se me presentó por etapas. Nadie me empujó por un abismo, ni me ató a la vía del tren, pero los resultados fueron bastante idénticos aunque el villano no pudo ser identificado.

Como sábados y domingos reposo, planeé llevar a Marion a navegar por el lago. Le telefoneé y me contestó su amiga Olivia Smart, quien me anunció, radiante, que acababa de soltar la plancha y que Marion se había ido a Greenville.

—¿Dijo dónde iba en Greenville?

—Supongo que de tiendas, Hart.

—Si vuelve esta mañana, dile que me llame, porque he pensado llevarla a navegar en vela por el lago.

—No creo que regrese antes de la cena. ¡Navegar por el lago, Hart! Lo adoro, me vuelve loca.

Olivia era guapa, pero no quise abusar de su inocente y confiada naturaleza.

—Bien, dile a Marion que la llamé.

—De acuerdo, Hart —me contestó con voz gravemente íntima—. Pero es una pena que te pasees en barca solo, Hart.

—Oh, no te inquietes, sé nadar, muchacha.

Colgué aprisa. Pasé tiempo arreglando mi pisito como un solterón aseado y cuando a las once y treinta repicó el teléfono me abalancé como un lobo hambriento. No era Marion.

Una voz masculina, muy masculina, riente, me preguntó:

—¿El doctor Rivers, supongo?

—Yo mismo —gruñí—. ¿Y usted es Charlie Chaplin?

—Sólo soy Lester Murchison. Me gustaría hablar con usted, Rivers.

¡Lester Murchison! El único hijo del viejo Murchison. Todo un tipo. Había dado la vuelta al mundo en su yate, estaba divorciado de tres o cuatro esposas, había guerreado con distinción en Corea y

en Vietnam, estuvo en Hollywood y filmó documentales sobre cosas como Playas de Florida, Revistas Frívolas y Pelota Base... Todo un muchacho Lester Murchison.

—¿De qué quiere charlar, Lester?

—No por teléfono. ¿Le parece bien venir a comer conmigo?

—Vale. ¿Dónde?

—En la cabaña del viejo, aquí en el lago Popular, o como le llamen a este pantano. Si puede llegar en media hora pongo champaña a refrescar.

—Me bastará con cerveza, un poco de jamón y una salchicha con mostaza.

—Como le apetezca. Yo es que no quería decepcionarle sobre la vida entre millonarios. Le espero.

La «cabaña del viejo Murchison» en el extremo norte del lago era todo un palacio, Lester estaba en el patio junto a la piscina, limpiaba un rifle.

Era guapo, fuerte, de unos cuarenta y cinco tacos de calendario, y en pantalón caqui, camisa ídem, con el rifle entre las manos, parecía un Chuck Connors en «Un *cowboy* en Africa».

—Tome una silla, Rivers. Tome dos. Nosotros los millonarios somos muy democráticos.

—Je, je. ¿Y este rifle, qué?

—De aire comprimido. ¿Le pone nervioso?

—Vi otros rifles antes de ahora.

Rió reclinando el rifle en un árbol. Colocó dos dedos en su boca, y emitió un silbido que hubiera hecho palidecer de envidia al pillete campeón de un barrio bajo.

Un hombre de cabello gris y chaqueta blanca salió de la casa trayendo una bandeja con dos frascos de cerveza y emparedados.

—Tal como quería, Rivers —me dijo Lester—. Cerveza, jamón y mostaza. Por cierto, éste es Leonard —y señaló al mayordomo—. Leonard es el vicepresidente que administra la confección de emparedados y cierres de puertas. Enséñele al señor Rivers esta interesante cartita que recibió ayer, Leonard.

Comprendí que Leonard no aprobaba el sentido que del humor tenía el joven Murchison. Me tendió un sobre. El mismo que Brod, Geo y yo recibimos con la misma nota sobre labios abrochados y preludio funeral.

Murchison me escrutaba mientras leía, y dijo:

—No parece sorprendido, Rivers.

—Me voy acostumbrando, ya que recibí un anónimo igual. El que lo escribió se habrá ahorrado trabajo pasándolo a máquina con papel carbón.

—¿También usted...? —Gruñó Murchison, al parecer descontento.

—Y también Brod Garvin y Geo Cohen, aunque ninguno de nosotros sepamos el motivo por el cual tenemos que abrocharnos los labios.

Miró Murchison a su mayordomo.

—¿Tiene usted un motivo para abrocharse los labios, Leonard?

—No, señor —contestó Leonard, envarado.

—Leonard ya desabrochó sus labios —apunté— cuando dijo a la policía lo relativo a un testamento. Él y su esposa testimoniaron con su firma, si lo recuerda, Murchison.

—Recuerdo que el señor Leonard dijo que había firmado como testigo en un testamento. Sin embargo, no pudo leer dicho testamento para poder asegurar que lo era. Hay otros documentos que precisan la firma de testigos. Entonces, ¿por qué el señor Leonard declaró tan firmemente que mi padre había redactado un nuevo testamento? ¿No es éste un tema para discutir, señor Rivers?

Leonard estaba pálido y sus labios temblaban al decir:

—Yo..., yo no declaré con firmeza, solamente dije a las autoridades que el padre de usted había llamado por teléfono al señor Lowe citándole para que acudiese con el testamento.

—¿Espiendo los telefonazos, Leonard? —sonrió Lester, amablemente.

—¡No, señor! —Se rebeló Leonard como un jabato anémico—. Su padre, si me permite manifestarlo, tenía la costumbre de gritar al teléfono y no pude evitar el oírle aunque entonces estaba en la cocina.

—Cierto —admitió Lester—. Recuerdo perfectamente que mi papá vociferaba por teléfono. Era su tono normal de conversación. Cuando estaba fastidiado, bramaba, y cuando se enojaba, rugía. Pero eso se aparta del tema en litigio. Discutíamos sobre el presunto testamento, y acabo de tener una idea. ¿No fue posible, señor Leonard, que lo que usted firmó como testigo fuera un simple

codicilo, una leve modificación, o tal vez una cláusula anexa incluyendo a un fiel servidor como usted mismo? Es posible, ¿no?

—Sí, señor, es bastante probable —murmuró el mayordomo.

Sonrió Lester.

—Me alegra oírle coincidir conmigo, señor Leonard, me alegra mucho. Aunque su opinión no tiene la menor importancia en el problema, pero ahora ya comprende usted que existiendo varias interpretaciones diversas, en lo futuro será usted más circunspecto. Realmente, y no se le escapa, señor Leonard, lo único que debió hacer fue declarar e informar a nuestra firma de abogados y no a la policía. Si lo hubiese hecho así, mucha de esta desagradable publicidad se habría evitado.

El viejo estaba ya aplastado, y a mí me puso enfermo oírle murmurar excusas y pedir perdones, mientras Lester le atajaba con un condescendiente ondeo de la fuerte diestra.

—No piense más en ello, Leonard. Lo que está hecho, hecho queda. Le perdono, y ahora galope a abrir y cerrar puertas o lo que tenga que hacer, mientras no fabrique emparedados.

Esperé hasta que el mayordomo entró en la casa como un púgil recientemente noqueado. Y entonces dije con sequedad:

—¿Desde cuándo le fastidia la publicidad, Murchison? En su último divorcio, si no voy mal de memoria, hubo hasta gaseosa y palomitas de maíz.

—Me da una idea. La próxima vez que me divorcie, le concedo la exclusiva para la venta de maíz —me dijo, sonriendo.

—Acaba de darle una paliza a este pobre viejo. ¿Por qué?

—Es un viejo chivo que no me aprecia.

—¿Y cree usted que inventó lo del testamento para fastidiarle?

—No. Es cierto que había otro testamento. Siempre había otro testamento después que el viejo y yo teníamos una de nuestras periódicas agarradas. Y creo que era la prima Beatriz, de Boston, la beneficiaria, pero no me preocupaba porque siempre el viejo los dejaba sin firmar. Sólo intentaba con ello que yo me portase bien. Pero el viejo no lo hacía en serio, porque no podía tragar a mi prima Beatriz. La odiaba. Su más suave calificativo para prima Beatriz era apodarla de «libertina disoluta».

—Si sabía todo esto, ¿por qué le dio a Leonard un vapuleo?

—Ya se lo he dicho. El viejo chivo no me aprecia. ¿Por qué

tengo que soportarle en mi propia casa? Si la gente no me aprecia, al diablo con la gente.

—¿Por qué le importa si le aprecian o no? Usted se quiere a sí mismo y debe bastarle.

Asintió:

—Acaba de decir una gran verdad, Rivers. Un hombre es su propio amigo.

—De acuerdo, y seguro que a veces es usted el único amigo que tiene.

—Así es. El mundo entero es una jungla, lobo contra lobo. ¿Sabe cómo empezó la costumbre de sacudirse la diestra? En los viejos tiempos cuando usted topaba con un amigo le agarraba la diestra de modo que así no pudiera echar mano de su daga. Es un hecho histórico. Y seguimos agarrándonos la diestra. No hemos progresado.

Yo nunca he sentido mucha simpatía por estos pobres jovencitos millonarios de cuarenta y cinco años con todas sus preocupaciones y martirios.

—¿Para qué quería verme?

—Porque usted era el siguiente en la lista.

—¿En qué lista?

Me largó una sonrisa no contagiosa, sino infecciosa y enigmática. Sacó de su billetero una hoja de libreta, familiar, rayada en azul. Hizo como que quería dármela, después que lo pensaba y, por último, que no quería dármela. La dobló dejándola en la mesita. Y mirándome por entre sus dedos colocados a modo de tienda de campaña, dijo:

—Acabo de volver de una partida de pesca en el Caribe. Hice un documental que he vendido en Hollywood.

—Enhorabuena.

—Un documental perfecto. Seis meses sólo para «filmar» a modo la pesca del bonito. Tres de los mejores fotógrafos apostados durante seis meses. Cinco botes en constante contacto por radio. Nadie podrá «filmar» algo más perfecto.

—Lo celebro. ¿Y buen beneficio monetario también?

—Ni un centavo, muchacho. Yo no «filmo» para negociar. En este documental habré perdido cerca de doscientos mil.

—Sin contar la calderilla —dije yo.

—No va de chiste, Rivers.

—Y tanto que no. Cualquiera hace chistes con el dinero por toneladas.

—¡Dinero, dinero, dinero! —exclamó irritado y con tono teatral—. El arte es lo importante, y mi documental es una joya. La gente como usted y mi viejo me dan náuseas. Lo primero que preguntan es: ¿cuánto cuesta? ¿Qué importa? ¿Acaso le pedían a Murillo cuánto pagaba por sus pinceles y pintura?

—Detecto una nota amarga. Supongo que se debe a que su viejo echó muelas cuando llegaron las facturas.

—Se le podía oír en Australia —sonrió con rara complacencia—. Aquel día estaba bien de voz.

—¿Fue el día que cambió su testamento?

—Fue aquel domingo, en efecto.

Parecía tomarlo a la ligera, y no lo comprendía yo. Si Leonard y su esposa habían firmado en el testamento modificado, y la herencia iba a parar a la prima Beatriz, de Boston, Lester tendría que estar arrancándose los cabellos por mechones.

Pero si ahora estaba irritado era porque yo no le había aplaudido proclamándole el Murillo en «tecnicolor» de la pesca del bonito azafranado. Dije:

—Si encuentran el testamento...

Me interrumpió:

—No lo encontrarán.

Arqueé las cejas.

—Parece estar muy seguro de que no lo encontrarán.

—Más que seguro, plenamente convencido.

Le miré interesado:

—¿Lo encontró usted?

—No, pero no me importa. Lo tendré pronto entre mis manos.

—Y, naturalmente, si ha de heredar la prima Beatriz usted lo suprime.

—Suprimir no es la palabra justa. Lo quemaré guardando las cenizas en una urna bajo mi almohada. Mi viejo rechinaría como un ventilador en su tumba si supiera que prima Beatriz heredaba sólo un níquel.

—Y, claro, usted no quiere que su difunto papá sufra.

—Escuche, amigo, por si piensa que debería yo tener el corazón

sangrando con motivo de que muriese mi viejo, déjeme sacarle de dudas. Era mi padre, en efecto, pero le veía escasamente. Me proporcionaba fondos monetarios, pero no quería verme. Mi madre murió al nacer yo, y mi viejo me lo reprochaba. Así de humano y cariñoso era él. Únicamente hablaba conmigo para echarme broncas, y estas conversaciones eran sólo por teléfono. Eran para decirme que había redactado un nuevo testamento, y así tenerme unos días sudando. Por estas razones comprenderá que en nuestra familia las lágrimas sobran. Pese a todo, pesé a sus amenazas, él siempre quiso que el dinero fuese a parar a mi poder. Los demás testamentos no significaban nada.

—Al menos, su modo de pensar es confortante. Es un sistema para impedir que en su conciencia se filtre el insomnio.

—Tratándose de dinero no tengo conciencia, y hemos llegado al punto importante.

Recogió de encima la mesa la hojilla doblada, y, me la ofreció abierta. Era la misma clase de papel que los anónimos, rayado en azul, y el texto en mayúsculas a lápiz. Un texto elocuente:

«¿Cuánto paga para que nunca aparezca el testamento? Piénselo bien».

Las pupilas de Lester me acechaban como las de un halcón ansioso:

—Vino en el correo de esta mañana. Simplifica las cosas, ¿verdad?

—Si está dispuesto a pagar, claro.

—Estoy dispuesto, no se preocupe. Aunque supongo que la tarifa será bastante elevada.

—Lo malo es que puede usted tener que pujar contra un rival en subasta.

—¿Rival en subasta? ¿Quién?

—La prima Beatriz, de Boston. Posiblemente ella habrá recibido otra nota como ésta preguntándole cuánto quiere pagar por tener el testamento. ¿Ha pensado en ello?

No había pensado en ello, y emitió una risa de latón rajado:

—No se preocupe por mí, ya que sé llevar una operación como ésta. De un modo u otro... —Y miró significativamente el rifle apoyado en el árbol a su lado. Después, suavemente, añadió—:

Usted, como es natural, no tiene la menor idea sobre este anónimo.

Estupefacto, balé:

—¿Yo?

—¿Por qué no? —sugirió con el mismo tono, blando, inclinándose como para mejor leerme en la cara—: Pudo usted escribirla. Además, fue uno de los primeros en llegar junto al coche.

—Usted está como una cabra.

—No, no... Sólo doy con la pezuña sobre todos los riscos posibles. Tengo en juego unos cuantos millones, comprenda. Estudiemos el caso en teoría: usted encuentra una mercancía valiosa y quiere devolverla, pero estima que le corresponde lógicamente una recompensa. Estoy de acuerdo y, por lo tanto, sólo queda llegar a una cantidad razonable.

—Hermano, está usted bañándose en un mar sin agua.

—Vamos, vamos, Rivers, no seamos niños. Todo queda entre nosotros dos. ¿Qué cantidad tiene usted pensada?

Me puse como un tomate, y por un instante pensé saltar sobre el rifle, cogerlo por el cañón y darle unos cuantos culatazos a Murchison. Después, reí.

Él quería comprar el testamento, tenía prisa, y daría lo que fuese. Era lógico que intentase todas las posibilidades.

—No tengo su piojoso testamento, pero si lo hubiese encontrado, lo habría entregado a la policía aquel domingo. No traficaría con él.

Me chocó comprobar que no me creía. Encogió los hombros:

—Bien, tal vez fui demasiado brusco con usted, y quizá no ha calculado todavía la cantidad que le conviene. De acuerdo. Le daré más tiempo para pensarla. A cualquier hora puede llamarme aquí por teléfono. Pero permítame hacerle una advertencia. Tengo bastante sangre de mi viejo en las venas para hacerle la vida imposible si intenta...

Me puse en pie:

—Ya está bien, Lester. Váyase al infierno.

En pie, él adelantó la mano colocándola en mi antebrazo:

—Espere un minuto, Rivers. No quiero que se vaya molesto. Lamento haberle expuesto el negocio tan crudamente. Siéntese, comeremos juntos y podremos charlar un poco más.

—Lo siento. Tal vez ustedes, los millonarios, pueden tolerar el ser democráticos, pero nosotros los del pueblo bajo, todo lo que

poseemos es nuestra propia estimación, y tenemos que andar con mucho cuidado al elegir con quién compartimos el pesebre.

Atravesé el espacioso parque en dirección al sendero donde había dejado mi cacharro. Cuando llegaba a la carretera, frené de pronto. Venía zumbando como un avispero una comitiva de motoristas, flameando al sol camisas de nylon multicolores. Sólo siete gamberros del Motoclub Velox.

No estaba el jefe Dunn Clyde, el mocetón de la camisa color sangre de toro robusto. Me puse a imaginar que a lo mejor el muchacho se había caído de la moto, rompiéndose una pierna o mejor las dos.

No es que le desease mala suerte, pero, en fin, no me era simpático aquel mocetón. Había leído en sus pupilas hostilidad homicida cuando le impedí que me aplastase.

CAPÍTULO V

Fui a comer al restaurante de Walter en la ciudad. Pedí lo de costumbre: empanada, queso, pastel, cerveza y café. Walter me gustaba. Era un hombrecillo como un alambre que tuviera carita de *jockey* desilusionado.

—¿Por qué no prueba mi filete con judías, Rivers? Un tiparrón como usted necesita más que una empanada, hombre...

En la calle crepitó una descarga cerrada. Sin volverme, supe que eran motoristas. Walter imprecó abandonando su mostrador para lanzarse hacia la puerta.

Me aproximé a la ventana. Siete gamberros del Velox que, parados, seguían presionando sus motores al máximo para hacer el mayor ruido posible. Fueron silenciando al desmontar y Walter agitó su esqueléticos brazos:

—Fuera, fuera. En mi casa no entráis. Id a otro sitio. No quiero más jaleos con vosotros.

Un rechoncho muchacho con camisa verde indagó con insolencia:

—Éste es un restaurante público, ¿no, saltamontes?

—No os serviré. Id a otro sitio.

—Usted nos servirá, caballero. Y sonriendo, caballero.

Los otros seis tenían el aspecto impasible que los muchachos adquieren cuando se disponen a demostrar que son duros y varoniles.

Me dirigí hacia la puerta, y un camionero se acercó preguntando:

—¿Qué pasa?

—Estos gamberros que le quieren tomar el pelo a Walter.

—Son una plaga —coincidió el camionero saliendo conmigo.

Pregunté:

—¿Necesita una manita, Walter?

—¡Mejor un mazo! —Gruñó Walter.

Los muchachos me miraban con creciente hostilidad.

—No necesita un mazo, Walter —aseguré—. Van a ser buenos chicos. Van a subirse en sus caballitos y salir galopando, ¿verdad que sí, muchachos?

Me miraron a mí, después al camionero y, por fin, montaron sus motos. El gamberro de la camisa verde escupió a los pies de Walter antes de salir embalado seguido por sus compadres.

Imprecó Walter:

—El día menos pensado me cargo a uno de estos matoncillos.

—¿Le dan mucha lata? —quiso saber el camionero.

—Peor que lata. La última vez que estuvieron aquí empezaron a arrojar pan y azúcar, tamborileando las mesas y formando tal escándalo, que las parejas casadas que estaban comiendo se fueron.

—Debió llamar a la policía, Walt —aconsejó el camionero.

—Es lo que hice, y vino el gordo de Carl Briscoe. Los muchachos, al ver llegar el coche patrulla, recogieron pan y azúcar, y pusieron cara de monaguillos tranquilos. No habían roto nada, y Carl se limitó a advertirles que se estuviesen tranquilos. Ellos dijeron que sí, y Carl se fue convencido de que yo era un cascarrabias incapaz de apreciar a la juventud alegre.

—¿Son de por aquí? —preguntó el camionero.

Mientras Walter explicaba con pelos y señales que aquel rebaño eran delincuentes en potencia, yo terminé mi comida. Llamaron al teléfono y me dijo Walter:

—Para usted, Hart. Una dama. —Y guiñándole un párpado al camionero, comentó—: Este varón colecciona las damas como nosotros sellos. No hay derecho.

Era Marion y su voz sonaba extraña:

—Llamé a tu piso y no estabas. Pensé que en casa de Walter estarías devorando empanada, queso, pastel y bebiendo cerveza. ¿Puedo verte?

—Voy a recogerte.

—Estoy en la oficina.

—Hoy es fiesta. ¿Qué haces en la oficina?

—Ven y lo sabrás.

Mi oficina estaba a dos manzanas. Vi en el aparcamiento el dos plazas de Marion, y el polvoriento cacharro «Pontiac», modelo

antiguo, de Brod Garvin.

Entrando, oí funcionar la prensa, cosa que me extrañó, porque los sábados por la tarde nadie trabajaba en mi negocio.

Al entrar, primero sólo vi a Marion, después a Brod. Marion, sentada, fumaba con indolencia. Brod examinaba el mapa mural de la región.

Y entonces descubrí a Dunn Clyde, el mocetón de la camisa roja, hundido en un sillón. Tenía aspecto de becerro terco, algo asustado. Con el pulgar se iba trazando cruces en la pernera de su tejanos azul.

Yo, con el reciente recuerdo de los motoristas, inquirí:

—¿Qué pasa aquí? ¿Pillaste al joven hurgando en la caja?

—¡No digas esto, Hart! —me reprochó Marion.

—Presento excusas a toda la juvenil gamberrada.

Intervino Brod, apresurado:

—Déjame hablarte un minuto, Hart.

—Adelante.

—Privadamente.

—Para mí esto es muy privado. Si el joven es sensible, puede ir a sentarse un momento en el cuarto de los hombres.

Marion invitó suavemente:

—Por favor, espera en mi despacho unos minutos, Dunn. No te inquietes.

Masculló Dunn:

—Sí, señorita —y pasó al otro despacho.

Apenas cerrada la puerta, me fulminó Marion:

—No fue noble condenar al muchacho sin siquiera oírle, Hart. Deberías estar avergonzado.

Nervioso, volvió a intervenir Brod:

—Es que no sabes lo que ocurrió, Marion. El domingo en que se estrelló el «Cadillac», Dunn intentó largar unos puñetazos a Hart, y éste tuvo que sonarle. Por esto Hart no siente simpatía por Dunn.

—Ah, no sabía... Bien, siento haberte gritado, Hart.

—Bueno, yo también soy un majadero. Al fin y al cabo, Dunn no es más que un adolescente, y nosotros lo fuimos también. ¿Para qué habéis traído a Dunn?

—Pues... —Y Marion miró a Brod.

Brod tosió aclarándose la garganta y dijo:

—El muchacho encontró tú caña y tu aparejo —me señaló el

aparejo de pescar reclinado junto a la puerta que comunicaba con la imprenta—. Sorprendieron a Dunn cuando intentaba cambiarlo por un par de bolsines de motorista, en Greenville. Cuenta, Marion.

—Pues yo estaba en la comisaría de Greenville estudiando el expediente del asunto Murchison, cuando dos detectives trajeron a Dunn. Yo le conozco, mejor dicho, conozco a su madre, Flora Clyde, que la pobre... En fin, ella tiene su casa hipotecada y dos hijas en el colegio.

—Y Dunn monta una moto que vale unos cientos, en vez de coger el autobús y darle el dinero a su madre. No siento la menor simpatía por Dunn.

Marion me volvió la espalda, yendo a la ventana. Brod me sopló:

—Ni yo ni Geo presentaremos denuncia contra Dunn. O sea, que sólo tú puedes hacerlo.

—La caña me costó cincuenta dólares, pero ya que está de nuevo en mi poder... No es que me sea simpático Dunn, pero no me gusta denunciar a nadie, a menos que haya sangre de por medio.

Volviéndose, dijo Marion con expresión radiante:

—Sabía que no le denunciarías, Hart. Yo pude convencer al juez para que dejase libre a Dunn. Al juez Carmichael, sí.

—Caray, pues no es un juez fácil de convencer, muchacha. ¿Qué condiciones impuso?

—Pues yo... prometí que Dunn se portaría bien.

—Ya, y aparte de reír como un energúmeno, ¿qué respondió el juez?

—Yo... le dije... que tú darías trabajo en la imprenta a Dunn.

Y se apartó como si, puesta la bomba, esperase el estallido. También se apartó Brod, pero yo no estallé. No podía, de tan asombrado:

—¿Que yo...? ¿Trabajo? ¿Aquí? —Balé estúpidamente.

—Recuerdo que ayer mismo le dijiste al señor Warren que un muchacho en la imprenta vendría bien, dado que hay exceso de reparto y que como no había suficiente trabajo para contratar un impresor más, con un aprendiz bastaría.

—¡Dije un aprendiz, no un anarquista! Si tú llamas muchacho a Dunn, yo no. Primero intenta zumbarme, después me roba la caña de pescar, y por último es el jefe de una banda de pistoleros en ciernes.

—Pero tú mismo has dicho que un árbol, si se le apoya, no se tuerce y...

Era verdad que hasta escribí algo sobre esta materia de la tierna juventud descarriada, que el trabajo podía regenerar. Suspiré:

—Bueno, le voy a dar una oportunidad. Que se entienda con Warren, que es el amo en el trabajo de la imprenta. Yo no quiero saber nada, y si le echa Warren, que se pudra. Llévelo tú misma a Warren, ya que también le citaste.

Marion se fue. Yo miré a Brod, que dijo:

—Creo que es lo mejor, Hart. Bueno, que vaya bien.

Media hora después me llegaba Warren, un veterano psicólogo:

—¿Dónde cazó a este tipazo llamado Dunn? —quiso saber.

—Mejor que sea fuerte. Eso quería usted. Un chicarrón fuerte. ¿Servirá?

—Puede que sí. Veremos.

Lo que yo estaba viendo es que Dunn me miraba con la hostilidad de una fiera enjaulada. Debía imaginarse que entre ir a la cárcel de menores o ponerse a manejar tintas y papeles sucios, más valía esto.

Miré el buzón. Había un sobre dirigido a Marion Dahl. Nada más. Entraba Marion diciendo:

—Ha sido una obra buena. Tú eres un diamante en bruto que... ¿Es para mí? —Y cogió el sobre, extrañada—. ¿Qué es?

—Creo que una invitación para unirme al club de los labios abrochados.

Lo era. Idéntico papel rayado, y lo mismo sobre labios abrochados, pero nada de funeral.

—Esto es un anónimo —dijo ella, genialmente—. El mismo que recibisteis tú, Geo y Brod. Pero ¿por qué a mí?

—Porque intentas profundizar en el tema, querida. Y ya que ninguno de nosotros tenemos el dichoso testamento, he pensado que pudo extraviarse al rodar el coche...

—¡Eso mismo! ¡Vamos! —me invitó ella, entusiasmada.

Bueno, sería como una excursión campestre. La policía debía haber registrado el terreno, pero a veces, quién sabe... Encontramos dos caballetes con una pancarta prohibiendo el paso a la carretera de la vieja mina.

Aparté caballetes y pancarta, y fuimos caminando por la ladera

de la colina, hasta dar con el sitio donde se detuvo el coche, despeñándose.

Marion emitió la teoría de que, emocionado, el abogado Lowe pudo esconder su cartera de piel de lagarto, ya que, cuando llegamos, él iba dando vueltas con aspecto de lunático.

—Tú exploras el lado norte y yo el sur —dijo Marion.

Y empecé por mi cuenta. Había más matorrales de lo que parecía a primera vista. Fui apartando moscas, avispas, mosquitos y pisando bichitos de todas las especies. Había orgías repulsivas con su vaivén oriental. No encontré rastro de cartera de lagarto.

Pero sí un reptil.

Pegué un salto hacia atrás que bien medido me hubiera valido el récord mundial de salto en largura, con más mérito, porque el mío era a lo cangrejo atemorizado.

No sé nada en concreto sobre reptiles ni distingo los venenosos de los inofensivos. Para mí todo lo que se arrastra es venenoso, mientras no demuestren lo contrario, al igual que todas las chatillas son volcánicas, mientras...

Empecé a tirarle piedras al cintajo aquel que se alejó desdeñoso. Después arranqué una rama gruesa para seguir explorando, atizándole trancazos a cualquier cosa que se arrastrase aunque fuera una babosa.

Media hora después regresaba resoplando como un explorador perdido en el Amazonas. A veinte pasos, se asomó Marion tras un matorral. Estaba fresca como una rosa.

—¿Abandonas ya, Hart? —me acusó.

—Ah, no, sólo vine al campo de base para llamar al guía nativo.

Me aparté telarañas de los ojos y volví a explorar. Venga piedras, venga matorrales, y nada parecido a una cartera de lagarto. Todo era marrón, tal como el lagarto curtido para cartera.

Mucho más tarde, ya reventado, regresé a la base, y pegué un respingo.

Marion sostenía entre sus manos algo pardusco, cuadrado, terroso...

—No, no es la cartera, Hart. Al principio también me dio un vuelco el corazón porque creí haberla encontrado. Pero esto, aunque parece una cartera, no lo es.

Lo dejó en el suelo, y nos sentamos contra el tronco de un árbol.

Dije:

—Es un morral de cazador. Lo debió perder o se lo robó una liebre.

—Lo cierto es que Lowe no escondió la cartera —afirmó ella.

—¿Y si Lowe para guardar mejor el secreto se hubiese comido su cartera?

Empecé a ponerme sentimental, amasando la diestra de Marion que, ensimismada, palpó con su otra mano libre el morral del cazador:

—Hubiera sido demasiada suerte, sí...

Algo crepitó, y saltaron chispas de una roca a medio metro de nosotros dos. Por entre la maleza silbó en su peculiar zumbido el balazo...

Abracé a Marion y por la fuerza la obligué a contornear conmigo el tronco del árbol, manteniéndola después contra el suelo, bajo mi peso.

Se debatió gimiendo:

—Pero... no, no..., pero... suéltame...

—No es arrebató pasional, muchacha. Se trata de un rifle. Y lo que chispeó en la roca era el balazo.

CAPÍTULO VI

Respingó Marion y añadí junto a su orejita:

—Se trata de que no nos atinen, mi vida.

Todo lo que veía era el tronco ancho del roble. El tronco más precioso que vi en mi existencia. Gordo, grueso, compacto, una sólida barrera entre nosotros y el mundo exterior, cruel y selvático.

El que había disparado debía estar tras otro tronco, mientras fuera por delante, bien. Pero ¿y si había ya alcanzado un tronco a nuestras espaldas?

Empecé a sentirme como el coronel Custer. Rodeado de pieles rojas. Intenté hacerme más extraplano. Marion se había zafado y apoyaba la espalda en el tronco, dilatados los ojos de pavor.

—No te muevas —susurré—. Él volverá a disparar al menor movimiento.

—¿Tú..., tú... crees que volverá a disparar?

—A menos que trajese una sola bala.

Era una agonía estar allí esperando oír algo. Era preciso que yo hiciese alguna cosa, pero no tenía la menor idea de lo que podía hacer.

Y de pronto llegaron a mis oídos una serie de explosiones. No, no era una ametralladora.

¡Motos! Juro que nunca una música me pareció más celestial. Eran los motoristas con sus camisas preciosas, distinguidas, de colores juveniles. Bastaba que la pancarta dijese, «prohibido el paso», para que ellos la embistieran por el lado opuesto al que yo había entrado.

Y un minuto después veíamos la hilera de motoristas, deteniéndose en torno a mi coche. Bravos muchachos, animosos, sin temor, dignos representantes de la juvenil deportividad *yanquee*.

Y a lo lejos se oyó un coche arrancando y largándose. No podía ni darle alcance ni verle. Bajaba cuesta abajo, oculto por maleza y

virajes.

—Se fue —murmuró Marion, recobrándose.

Los motoristas volvieron a petardear alejándose riendo. Debían pensar que una pareja estaba arrullándose por allí.

Con una temblorosa carcajada, dijo Marion:

—Creo que debemos hacer algo por estos magníficos muchachos, Hart.

—Prometido. El lunes por la mañana lo primero que hago es comprarles un seguro de clínica y un botiquín con música.

Estuvimos un rato en silencio. Lleva algún tiempo el devolver a su normalidad los pulmones, corazón y estómago. Por fin, con un hilo de voz, dijo Marion:

—No comprendo por qué nos dispararon, Hart.

Señalé en el suelo el pardusco amasijo que había sido un morral de cazador, y que Marion había encontrado en un matorral, pensando primero que era la dichosa cartera.

—El hombre con el rifle pensó que habías encontrado la cartera.

—Pero ¿quién es?

Pensé en Lester y su rifle. Con una fortuna en juego, podía haber perdido el dominio de sí mismo. Claro que no era el único habitante de la comarca que poseyera un rifle. Y si lo hubiese disparado, habría atinado...

—No sé quién pudo ser, pero lo que sí sé es que nos vamos a cien por hora.

Se reclinó contra mí hasta que alcanzamos mi coche. Lo puse en marcha con ímpetu, pisando el acelerador como si me fuese en ello ganar un trofeo.

No dijimos ni media palabra hasta llegar a la ciudad, y aparcar junto a su coche.

—Sigue en pie mi invitación a cenar, muchacha.

—Naturalmente, Hart. Dame una hora para bañarme, vestirme... y acabar de librarme del puñado de nudos que tengo en la garganta.

Cuando se instaló tras su volante, introduje el busto por la ventanilla y la besé. Sin premeditación. Fue instintivo. Nos miramos sorprendidos, sonrió ella y murmuró:

—Dentro de una hora, Hart.

La vi alejarse con ansiedad. Pero en la tranquila ciudad era imposible que intentasen matarla.

Pasé a mi piso a ducharme y cambiarme. Cuando iba hacía mi coche, se aproximó, en su «Packard», Geo Cohen. Se detuvo, y, asomándose por la ventanilla, dijo:

—Me ha contado Brod lo que hiciste por Dunn, compañero. Está bien.

—Tal como me lo pusieron Brod y Marion, me hubiera parecido que era una rata si me negaba. Ellos dos tuvieron la idea.

—Dunn es un buen muchacho, pese a la apariencia, que es sólo fachada.

—¿Qué tal la pesca, Geo?

—Empiezo a creer que soy alérgico a los peces. Me huyen.

—¿Dónde fuiste a pescar esta tarde?

—Donde siempre. El remanso junto a la vieja mina.

—Allí estuve yo también esta tarde. No en el remanso —y añadí suavemente—: Alguien me disparó un balazo.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

Se lo expliqué, y el voluminoso Geo masculló:

—No oí ningún disparo. ¿Estás seguro de que era un disparo? Están trabajando en la carretera por arriba, y pudo ser el escape de un camión.

—Los camiones no largan balazos por el tubo de escape, Geo. Y fue un balazo el que rebotó en la roca a medio metro de donde nos sentábamos Marion y yo.

—Pudo ser algún chiquillo tirándole a los cuervos.

—Un chiquillo tendría un rifle de aire comprimido, y el que yo oí era de gran calibre.

—Bien —resopló pesadamente—. Ojalá estés equivocado compañero. La idea de que pueda alguien andar a tiros con nosotros no me hace la menor gracia. Esta mañana me telefoneó Lester Murchison. ¿Es que está loco? Con indirectas me acusó de haber robado el testamento. Insinuó que pagaría una fuerte recompensa por recuperarlo. Le invité a venirme a repetir todo esto cara a cara.

—A mí me dio el mismo tratamiento. Idénticas palabras y música. Es que recibió un anónimo preguntándole cuánto pagaría por el testamento.

—Vaya, vaya, vaya... Ahora lo comprendo. Y por esto, Lester va telefoneando a todos para que se extienda el rumor de que pagará.

—Eso es. A mí me invitó a comer.

—Así que le conoces... ¿Qué clase de fulano es?

—Viril. De los que posiblemente aporrean a los camareros en los clubs nocturnos. Y tiene talento. Su último documental, algo sobre la pesca en el Caribe, le costó doscientos mil dólares. Se supone el Rubens del tecnicolor. Y se pone triste si no se arrodillan ante su genio.

Cuando se fue Geo Cohen, me puse a pensar. El remanso estaba a un cuarto de milla, y decía que no había oído el disparo. Claro, que también cuando uno pesca se pone tan concentrado, que es posible no se oiga nada salvo el susurro del agua.

Yo apreciaba mucho a Geo, pero no podía descuidarme. Se trataba de no eliminar a nadie de la posibilidad de que pudiera ser el que apretaba el gatillo, aunque por el momento yo sólo había oído el estampido, sin ver ni sombra del que disparó.

Lo esencial es que seguía vivo... Claro, que el otro también.

Y de pronto tuve una idea genial. Fui al galope a buscar a Marion, que lucía preciosa con su nuevo vestido, y le expuse:

—Cuando encontré a Lowe dando paseítos junto al «Cadillac», no hacía más que repetir una misma frase: «Estimo que debo darle mi opinión asegurando que este instrumento producirá efectos contradictorios a su intención». Esto era lo que debía ir diciéndole al viejo Murchison, cuando el coche se salió de la carretera. Por «instrumento» seguro que Lowe designa el testamento. Yo creo que si le repitiéramos la frase, podría ser el puente que le ayudara a la recuperación de la memoria, ya que ésta se paró a partir de estas palabras. Vamos a decírselas, y así le damos el arranque.

—¡Una idea maravillosa, Hart! —exclamó ella.

—Y hay más. Si conseguimos meterle en mi coche y llevarle al lugar del accidente, allí con el decorado apropiado le soltamos la frase, y el hombre se pone a «carburar»...

—¡Maravilloso, Hart!

Ufano como un pavo, conduje hacia la Posada del Ciervo. Era noche de gala. Una orquesta desparramaba romanticismo por la pista. Los jardines plateados por la luna, en fin, todo el rollo...

Aparqué bajo una arboleda, y le dije a Marion:

—Ahora se trata de sacar a Perry Lambert de su cuarto, porque seguro que aborrecerá las noches saturnales y sabáticas.

—Espérame aquí en el coche, mientras voy a conferenciar

personalmente con Flora Clyde, la madre de Dunn, que como te dije es camarera...

Me quedé en el coche, viéndola alejarse con su ondulante firmeza que era gloria pura. Diez minutos después reaparecía por la puerta de la posada y fui a su encuentro. Ella jadeaba levemente:

—No está en su cuarto. Me dice Flora que salió a pasear hará cosa de un cuarto de hora.

—¿Dónde?

—Me ha comunicado Flora que a esta hora sale siempre a dar un paseíto. Creo que será mejor que esperemos a que vuelva a su cuarto. No sería prudente ir explorando el parque con una linterna.

Chasqueé los dedos, porque tenía otra idea genial.

—Sé dónde está. Tiene una tumbona en una especie de cueva enramada, que es donde le visité.

Miré en torno tratando de localizar en la noche el sitio en que Preston Lowe se camufla para soslayar importunos. Placía el norte, a unos cien pasos, después de la alameda.

—Vamos a ello, Marion.

La cogí por la mano. Fuimos caminando como dos enamorados, hasta que localicé la arboleda a unos cincuenta pasos.

Y tres pasos después, algo pesado me dio en pleno cogote, lanzándome contra el suelo, sobre manos y rodillas.

A una distancia que me pareció kilométrica oí un leve grito de Marion. Traté de llamarla, pero mi voz sonó como el eco de una cucharilla. Me puse en pie, tratando de escrutar las tinieblas.

CAPÍTULO VII

Mi cabeza se me antojaba un tambor de la banda militar de artilleros. Alguien estaba palpando mi frente mientras decía:

—Nada roto. Beba esto.

Estaba sentado y un borde de vaso me tocó los labios. Abrí los ojos bebiendo. Un rostro largo, de médico puro, que decía:

—No se preocupe. Sólo es un chichón. No tengo que amputarle nada.

Había gente en torno. Con linternas. Y yo recordé de pronto:

—¡Marion! ¿Dónde está Marion?

El doctor me retuvo con la mano sobre el hombro:

—No intente aún moverse, y no se excite. ¿Alguien se llama Marion por aquí? —La pregunta iba a los mirones.

Una voz dijo:

—Vi una figura corriendo. Creo que era una muchacha.

Se apartó la gente y otra masa avanzó. Geo Cohen, con *smoking* blanco.

—¡Hart! ¿Qué te ha pasado?

—No lo sé todavía. Paseaba por aquí con Marion cuando fui golpeado.

El doctor informó:

—Aparentemente cayó dándose con la frente contra aquella piedra. Sólo un poco de contusión y jaqueca.

Geo me cogió por un brazo ayudándome a ponerme en pie. Y me sentí de nuevo al borde del desmayo, porque a unos veinte pasos, varias linternas iluminaban un cuerpo tendido en el suelo, recubierto con una manta.

—¡Marion!

Me retuvo Geo, diciendo con jadeos:

—Calma, compañero, calma. No es Marion.

—¡Quiero verlo! ¡Suéltame, Geo, o te zumbo!

Me hincó más los dedos en el hombro:

—No es Marion. Es... Preston Lowe, el abogado. Y ésta muerto.

Tenía que verlo. Cuando levantaron la manta y me fijé en lo que se había convertido la cabeza de Preston Lowe, se me revolvió el estómago, me mareé y me tumbó la nueva conmoción.

Volviendo en mí, me encontré, sobre una cama en una habitación de la posada. El teniente Jess Hanson fumaba un pitillo sentado junto a la cabecera, y un hombre macizo, cuadrado, estaba examinando aburrido los estantes. Le conocía. Era Fox Murray, otro detective del condado.

Con su entonación fatigada, me preguntó Hanson:

—¿Qué tal se encuentra, Rivers?

—¿Dónde está Marion?

—¿Quién es Marion?

—¡Maldita sea! Era la muchacha que estaba conmigo. Ella gritó y..., ¿dónde está?

—Alguien vio correr a una muchacha. ¿Marion? Ya, Marion Dahl, su secretaria. —Y mirando hacia Murray, describió—: Rubia, metro sesenta, ojos verdes, peso aproximado, cincuenta y cinco y bonita.

Asintiendo, Fox Murray abandonó la habitación. Los ojos algo saltones de Hanson me contemplaron.

—¿Por qué salió corriendo su compañera de paseo?

—No salió corriendo. Creo que perseguía a alguien.

—¿A quién?

—Al que me golpeó.

—¡Ah! ¿Pero fue usted golpeado? Yo creía que usted tropezó y se dio con la frente contra una piedra.

—Eso fue después que me golpearon. Me dieron en el cogote. Pero oiga, tiene que encontrar a Marion y pronto.

—Ya está Fox a la búsqueda. De todos modos, ella se fue dejándole a usted boca abajo en el césped.

—¿Qué insinúa?

—Si no está aquí, es que se fue, ¿no? Eso cualquiera lo adivina. ¿Puede caminar sin ayuda, Rivers?

—Creo que sí. ¿Dónde vamos?

—Pronto lo verá.

Mis piernas estaban algo flojas, pero pude llegar al asiento

delantero del coche policial. Murray conducía y Hanson se sentó atrás. No decían ni media palabra y empecé a pensar que íbamos a Alcatraz.

No me sorprendió cuando subimos al despacho del fiscal. Melvin Vernon vestía *smoking* blanco y llevaba un rojo clavel en la solapa. Era calvo, con ancha cabeza y colgante mandíbula. A un lado de su despacho, estaba una taquígrafa con la libreta abierta y el lápiz afilado.

—Todavía no hemos encontrado la muchacha, señor Vernon —informó Hanson—, pero la buscan.

Vernon llevaba un rato mirándome con digno asco:

—Siéntese, señor Rivers. Explique lo que pasó con sus propias palabras.

¿Pues con qué palabras quería que lo hiciese? ¿Las de Shakespeare? Viendo cómo me acechaba la taquígrafa, medité que tenía que ir con mucho cuidado al hablar. Pero, seguía pensando cuando el fiscal recogió lo que Murray le tendía envuelto en un periódico.

Primero creí que era un salchichón y me pareció poco oportuno. El fiscal lo desenvolvió y sin tocarlo lo dejó en el centro de su mesa.

No era un salchichón. Era un tubo de hierro de unos treinta centímetros de largo por dos de ancho. Había manchas oscuras en un extremo.

Yo estaba explicando cómo se me había ocurrido la idea de decir a Lowe la frase que repetía incansable después del accidente, cuando me interrumpió el fiscal:

—¿Vio esto antes de ahora?

—No.

—Fue hallado a dos pasos de donde usted yacía en el césped.

—No tiene nada de extraño, puesto que allí me golpearon.

Con el capuchón de su estilográfica tocó el extremo del tubo:

—¿Sabe lo que es esto?

—Sí.

—¡Ah! ¿Conque lo sabe? ¿Cómo lo sabe?

Era cuestión de ir con cuidado entre aquellos esbirros y contesté:

—Bueno, pues no lo sé.

—Entonces, ¿por qué dijo que lo sabía?

—Sólo deduje...

—Ya, sólo deducía. —Y miró apenado a Hanson y Murray—. Por lo tanto, sólo deducía.

Aquello parecía un diálogo entre cretinos, pero más valía así. Contesté:

—Eso es.

—Y exactamente, ¿qué dedujo, señor Rivers?

—Que eran manchas de sangre.

—Extraña deducción. Aquí hay un trozo de hierro que declara no haber visto nunca. Hay en él unas manchas. Las manchas pueden ser de pintura, aceite, grasa, cualquier cosa... Sin embargo, usted deduce inmediatamente que son manchas de sangre. Experimento mucha curiosidad por conocer la razón que le incita a tan clarividente deducción.

—¡Oh, caray! —Me acaloré—. Vi cómo le quedó la cabeza a Lowe.

—Pero ¿cómo sabía que mataron a Lowe con este hierro? Pudo haber sido golpeado con un martillo, un madero, una culata... Y sin embargo, usted, sin haber visto nunca este trozo de hierro, lo identifica inmediatamente como el instrumento del crimen.

—Yo no he identificado nada, y si no lo hubieran empleado para matar a Lowe, ¿por qué lo tendría usted aquí? ¿Es que piensa montar un negocio de conducciones de agua y desagües?

Hanson me dio una palmada en el brazo:

—Vigílese la lengua, Rivers —gruñó.

Sonrió el fiscal Vernon:

—Por favor, señor Hanson, esto no es un tercer grado. Nosotros sólo queremos que el señor Rivers nos explique todo con sus propias palabras. Pero volviendo a esta interesante pieza de hierro, ¿sigue declarando que nunca la vio, señor Rivers?

—Esto declaro.

Abrió un cajón y me tendió una cartulina:

—¿Son éstas sus huellas digitales, señor Rivers?

Lo eran. Hace dos años, para algo del censo, me las tomaron y firmé debajo.

Estaba también mi retrato. No sé qué pasa, pero en estos retratos de identidad pone uno siempre cara de presidiario resignado.

—Son mis huellas.

—¿Está completamente seguro?

—No soy un experto, pero deduzco que son las mías.

—¿Es su firma, no?

—Sí.

—¿Y su retrato?

—Algo repelente, pero lo es.

—Por lo tanto, es razonable deducir que son sus huellas, ¿no?

—Muy razonable.

—Entonces —y me asestó un índice con rápido disparo—, ¿cómo explica el hecho de que estas huellas han sido halladas en este hierro?

Durante un breve segundo de pesadilla, le creí. Tal vez mi asaltante, después de noquearme, me colocó en la mano el hierro antes de emplearlo con guantes.

Pero me volvió el sentido común. No habían tenido tiempo prácticamente de retratar el hierro, revelar los clisés y comparar. Además, era hierro galvanizado, granuloso, plomizo, y casi seguro no se imprimía en su material ninguna huella.

O sea, que el fiscal me estaba resultando un jugador de póquer, echando faroles. Me acaloré:

—Conque han encontrado mis huellas, ¿eh? Pues lo que afirmo es que si hay huellas no son las mías. ¿Es que mis huellas son moscas que revolotean y las cazó Hanson poniéndoselas en el bolsillo?

Hanson debió iniciar un movimiento poco amistoso hacia mí, porque el fiscal le atajó con la mano:

—Creo que le espera una sorpresa desagradable, señor Rivers. — Pero dejó caer el tema de las huellas—. Nos dijo que iba a repetirle al señor Lowe cierta frase. ¿Cuál?

—«Estimo que debo darle mi opinión afirmándole que este instrumento producirá efectos contrarios a su intención».

—¿Y usted supone que «instrumento» designa el testamento?

—Ésta es mi necia idea.

—No tan necia. Me inclino a compartirla. Y fue muy ingenioso lo de repetir la frase a Lowe.

No me estaba elogiando, sino buscando carne para otra puñalada.

—No sé si era ingenioso o no —manifesté, prudentemente.

—Es usted enormemente prudente, señor Rivers.

—Y usted enormemente generoso, señor Vernon.

—¡Creo que usted lo planeó todo muy bien!

En la escuela de leyes me enseñaron algo elemental. Nunca anunciar los golpes ni tampoco acusarlos. Puse cara de muy interesado:

—¿Qué es lo que planeé?

No le gustó mi reacción. Él, supongo, que hubiese querido que yo me arrugase, pestañease, o me echase a llorar.

—¡Planeó su defensa antes del crimen! ¿Se da cuenta que está bajo sospecha de asesinato, señor Rivers? ¿Sabe que la condena por asesinato en este estado es la silla eléctrica? Piense sobre ello un instante y cambiará su boyante actitud.

—Si hubiese asesinado a alguien, no estaría tan boyante, fiscal.

—Bien... Usted le habló a Lowe, repitiéndole la frase, pero no podía correr el riesgo de que le volviese la memoria. Era el único hombre con vida que sabía cómo estaba redactado el último testamento Murchison, y que podía estropearle todo su plan. ¡Usted tenía que asegurarse!

Podía ser teatral, pero no era cómico. Se había figurado el plan, suponiendo que yo tuviera el testamento. Para que lo pagase el joven Murchison, el abogado Lowe no podía seguir con vida...

—Yo no le hablé a Lowe. No tuve tiempo.

—¡Usted le habló! —tronó el fiscal, volviendo a dispararme su largo índice—. Comprobando que la memoria le volvía, le golpeó usted con este trozo de tubería. Y el móvil está claro... En posesión del testamento, está usted en condiciones para pedir a los herederos una buena cantidad, ya para destruir el testamento ya para hacerlo público. Tiene usted el móvil más común y sórdido del crimen: dinero. Su único obstáculo era Lowe, quien, recuperando la memoria, podía divulgar el contenido del testamento y destruir así su posibilidad de hacer dinero. ¡Hay sordidez en su corazón, Hart Rivers, y sangre en sus manos!

Ante un jurado, aquel bestia me catapultó a la silla de los calambres.

La taquígrafa, el teniente Hanson, el detective sargento Murray, ya me estaban mirando las manos.

Tuve que dominar el impulso de frotarme las manos y esconderlas.

Y si yo decía que era inocente, se pondrían a reír y el animal del fiscal aseguraría que lo mismo dicen todos los asesinos.

Me salvé de buscar respuesta lógica, porque llamaron a la puerta. Fue Hanson a abrir, alguien le susurró, cerró la puerta y vino a susurrar al oído del energúmeno de fiscal.

Vernon se levantó y abandonó su despacho. Hanson se sentó al borde de la mesa.

—Lo siento, Hart, pero está usted en un buen apuro.

—Yo no le maté.

Ya estaba yo portándome como un asesino testarudo.

—Y alguien le golpeó en la nuca. De acuerdo, Hart. Lo confirma el doctor. La cosa está clara. Lowe odiaba que fueran a molestarle. Usted ya lo había hecho en una ocasión. Según los camareros, estaba hoy de mal humor el abogado Lowe. Cuando esta noche, por segunda vez, usted va a molestarle, Lowe se encrespa y le larga un puñetazo.

—¿Y qué hice yo? ¿Desmontar la cañería y redoblarle sobre el cráneo?

—Usted cayó al suelo, y furioso, vuelve a ponerse en pie. Es cuando llega su secretaria, y ella, creyendo que Lowe le va a matar, coge el tubo y golpea a Lowe. Cuando ella ve que Lowe está muerto, pierde el dominio y sale huyendo.

—¿Y dónde consiguió ella el trozo de tubo? ¿En su bolso? Estábamos citados y porque sale de noche conmigo, ¿lleva a modo de precaución un trozo de tubo pesando un quintal?

—Ya pensé en ello. En la posada están colocando un nuevo sistema de riego para el tenis y uno de los plomeros pudo dejar abandonado un trozo de tubo. Digamos que su secretaria, buscando una piedra para golpear a Lowe, encuentra el hierro. Usted está *groggy* por el golpe que recibió, pero puede ver a su muchacha atizándole a Lowe. Por eso, cuando vuelve en sí, lo primero que hace es preguntar por Marion. Quiere protegerla. Pero ella no necesita protección, puesto que si mató fue para defenderle a usted. El jurado la absolverá.

—Ya está absuelta, porque ella no golpeó a Lowe.

—Como quiera, Hart, como quiera, pero cuanto más se obstina en negar, peor para usted. Le doy un consejo. No piense que diciendo la verdad traiciona a su muchacha. Ni siquiera sería

encarcelada. ¿Verdad, Murray?

—Claro que no —dijo virtuosamente el detective Murray—. Todo el mundo sabe lo duro que se ponía Lowe cuando estaba furioso. O sea, que bastará que ella declare, y a otra cosa.

Con tono muy amistoso, me sopló Hanson:

—Estúdielo con una comparación, Hart, muchacho. Usted va por la calle, y ve a un fulano dando una paliza a otro. Usted protege al más débil, y le da un golpe al abusón. El fulano cae y se rompe la cabeza en la acera. ¿Es que a usted le acusarán de nada? ¡No, hombre, no!

La cosa estaba clara. Querían que yo firmase una declaración en este sentido. Después se la llevarían a Marion diciéndole, por ejemplo: «Ya lo ve, señorita. Su adorado la entrega a los lobos, acusándola de asesinato».

Lo cual hace suponer que Marion, furiosa, dijese que no, que era yo el que había asesinado. Al fin, hablé:

—Lo lamento, Jess, pero no sucedió así ni mucho menos.

—Como quiera, Hart, como quiera, pero si el patrón decide que usted es su presa, es pato asado. Porque ante un tribunal, el patrón es una fiera, ¿verdad, Murray?

Con énfasis, proclamó Murray:

—¡Es un verdadero jabalí! Es capaz, si sospecha, de llevar a su acusado al otro mundo, aunque el acusado sea el propio arzobispo.

Entró la fiera. Melvin Vernon despidió con un gesto a la taquígrafa, y después me dijo:

—Voy a dejarle libre, Rivers.

Hanson y Murray se quedaron tan sorprendidos, que comprendí que aquello no era un nuevo truco combinado entre los tres esbirros.

—La señorita Dahl le espera abajo con dos amigos.

Geo, Brod y Marion. Los tres mosqueteros acudiendo a rescatarme de las garras de Rochefort. Y Brod, que era abogado, habría venido seguramente con un *habeas Corpus*. El fiscal repitió, áspidamente:

—Dije que puede irse, Rivers. Tengo trabajo pendiente.

Salí a cien por hora.

CAPÍTULO VIII

Los tres me esperaban en el banco de pacientes visitantes. Cuando Marion me vio bajar las escaleras, lanzó un gemidito y se precipitó a mi encuentro. La cogí entre mis brazos. Y era natural, ¿no? que la besase.

—¡Estaba tan preocupada, Hart! Decían que no te encontrabas aquí, pero nosotros sabíamos que no era verdad. Brod trajo un *habeas corpus*. No lo aceptaron.

—La policía te buscaba.

—Me entregué —rió ella, nerviosamente.

—¿Te molestaron, mi vida?

—No. En aquel despacho querían que yo dijese que tú habías golpeado a Lowe en legítima defensa.

—También querían que yo dijese lo mismo de ti.

—¡Oh, no, Hart! —exclamó ella, horripilada.

Ya estaban junto a nosotros, Geo y Brod. Éste, bajo el abrigo, asomaba dos perneras arrugadas de un pijama azul.

—Es un viejo truco —dijo Brod—. Tú le acusas a él, él te acusa a ti y, al final, acabáis los dos en presidio, por lo menos.

Yo estaba algo confuso:

—Tú *habeas corpus*, Brod. Dice Marion que no lo aceptaron. Entonces, ¿por qué me soltó el Nerón ese de fiscal?

Intercambiaron miradas confusas, y dijo Geo, suavemente:

—Tienes que agradecerlo a un caballero llamado Stuart Marten.

—¿Marten? ¿Quién es éste?

Me lo aclaró Brod:

—Marten es un criminalista de categoría residente en Oldtown. Con lo que gana en una sola minuta, me bastaría a mí para pasarme el resto de la vida en Miami. A ti te tenía Vernon arriba, y Marion estaba en este despacho abajo. Geo y yo estábamos sentados en este banco, sintiéndonos tan útiles como un látigo en un «Rolls».

Entonces entró Marten y subió arriba. Le conozco por los periódicos. Permaneció allí unos diez minutos y cuando bajó tenía aspecto de haberse merendado a un fiscal provinciano. Cinco minutos después, bajabas tú. La deducción es sencilla.

—No lo entiendo, no lo entiendo. ¿Es que Marten tiene la costumbre de atacar a los fiscales de pueblo y salvar víctimas desconocidas?

—Espera un momento. Todavía no has oído lo mejor. Explícalo, Geo.

—Cuando Marten salió, me asomé al balcón. Había un «Jaguar» en la esquina y tras el volante estaba Lester Murchison. Subió Marten al «Jaguar» y se fue con Murchison.

Yo no podía imaginarme a Lester en el papel de filántropo rescatando damiselas y periodistas en apuros.

—Bueno, sea lo que sea se aclarará. ¿Viste al que me pegó, Marion?

—Sólo una sombra. Primero creí que habías tropezado, y cuando me incliné para ayudarte, entonces me golpeó alguien.

Se apartó la melena. Un pequeño bultito sobre la orejita derecha. La melena abundante iba a ser en lo futuro mi casco contra golpes.

—Estuve unos momentos atontada. Tú gritabas: «Cogedle, cogedle», y eché a correr. Era sólo una sombra que vi en el sendero junto al lago. Oí un coche arrancando, antes que pudiera yo llegar... —Y titubeó—. Tengo la impresión que aquella sombra llevaba una camisa de nylon con letras impresas en la espalda.

Los tres varones nos miramos, electrizados.

—¡Los gamberrillos motoristas! —exclamé.

—Pero no estoy segura, y por eso no lo podría jurar. Yo estaba lejos. No puedo decir si era alto, bajo, rubio o moreno. Me pareció ver una camisa de nylon con letras blancas. Lo dije a la policía, pero ellos piensan sólo en que tú peleaste con Lowe.

Brod Garvin cabeceaba dormitando. Le dije:

—Estás hecho papilla, Brod.

—Es que tomé «medomina» para dormir y ahora me hace efecto.

—Lo tuve que sacar de la cama —me explicó Geo—. Apenas la policía te embarcó, fui a despertar a Brod, que dormía como un tronco.

Como un padre arrastrando a su retoño, se llevó Geo a Brod a su coche.

En el de Marion, me dijo ella:

—Necesitamos un tónico, Hart. Pero no quiero ver gente. Vamos a mi piso.

Yo iba pensando en Dunn Clyde, y al pasar ante mi oficina, detuve el coche.

—Sólo un minuto, preciosa. Se rompió la prensa y quiero saber si Warren ha salido adelante.

Dunn Clyde manejaba el gancho de sacar placas y llevé aparte a Warren:

—¿Estuvo Dunn aquí todo el rato?

—Sí. Salvo cuando le mandé buscar emparedados y café. Tardó unos cuarenta minutos.

—¿A qué hora?

—Hará unas dos o tres horas. ¿Es que pasa algo?

—No, sólo quería enterarme si trabajaba seguido y bien. Hasta luego.

En la calle pensé que hacía dos o tres horas que empezó el jaleo. Y en cuarenta minutos podía Dunn ir a la posada y volver. Pero de todos modos, me hubiese matado a mí, no a Lowe.

—Va bien la prensa, Marion —expliqué al empuñar el volante—. Y dice Warren que Dunn cumple.

—Dunn, ¿estuvo trabajando todo el tiempo?

—Y sigue allí —contestó evasivamente.

—Lo celebro mucho, porque por unos instantes llegué a pensar...

—Yo también.

Al entrar en su piso nos quedamos boquiabiertos. Cajones abiertos, ropa revuelta, papeles por el suelo, el sofá apartado de la pared, cuadros torcidos...

—Ladrones —musitó ella.

Los ladrones no remueven todo tan bestialmente. La cocina, la alcoba, el cuarto de baño, todo estaba revuelto como tras el paso de una manada de terneros en estampida.

Alguien había registrado con prisa y sin miramientos.

—Está claro, muchacha. Buscaban la cartera de piel de lagarto.

—¡Pero si no la tengo!

—Eso lo sabemos sólo tú y yo. Esta tarde nos dispararon creyendo que el morral era la cartera. Suerte de los motoristas que hicieron huir al tirador. Es posible que luego nos siguiera a la posada, y no quería que nadie pudiera hablar con Lowe, por eso le mató. Te apuesto a que mi piso está igual de revuelto. Hay algo claro. Quien cogió la cartera debió esconderla por el bosque, entre el momento del accidente y nuestra llegada. Después ya no localizó el lugar, ya que para mí un sitio en el bosque es igual a otro sitio en el mismo bosque. Cualquier punto del bosque es distinto a las tres de la tarde que a las cinco de la mañana. Algo uniforme con sus matorrales, piedras, ramas... Y entonces el que la escondió, nos ve buscando. De lejos, descubre algo entre tus manos. Dispara, pero tiene que huir. Y quien sea, pudo darse cuenta de que nosotros no llevábamos ninguna cartera cuando nos íbamos. Pensaría que la dejamos oculta de nuevo. O sea, que volverá al bosque. Pero ¿entonces por qué registró aquí?

Preferí beber. Bebimos. Al tercer cóctel la besé con entusiasmo. Puse tanto entusiasmo, que llevándose los frascos a la cocina, me dijo:

—Ya basta, Hart. Tenemos los estómagos vacíos.

—Entonces, comamos.

—No tengo hambre, Hart, y estos tres combinados me han puesto algo mareada. No sabría cocinar.

—Entonces, cocinaré yo.

—No, gracias, Hart. No, después de tres combinados.

—Oye, ¿y si nos casáramos?

Comprendo que fui brusco. Ella me miró fríamente. Yo balé:

—Es que dejarte aquí sola en peligro... Dormiré en el sofá.

—Tengo un revólver, sé cómo emplearlo y nadie vendrá a atacarme, puesto que sabe que estoy en guardia.

—Yo soy tu guardián, y de veras que dormiré en el sofá.

—Te lo agradezco —me dijo cariñosamente—. Pero cerraré puertas y ventanas y dormiré con el revólver bajo la almohada.

Me empujó fuera, besándome dulcemente.

Seguía en mis labios la tibieza de los suyos cuando entré en mi piso. Todo estaba revuelto, pero no me importó. Seguía paladeando el beso de mi chica.

Estaba cansado y dormí entremezclando pesadillas y sueños

preciosos. A las nueve de la mañana, saltando de la cama, telefoneé a Marion. Y ella me preguntó si yo había dormido bien. Le sugerí:

—Podríamos comer juntos e ir al lago a navegar.

—Me parece bien, Hart.

Hubo un silencio y me dijo apresurada:

—Excúsame, Harty... Alguien llama. Te veré a las doce.

Colgó. Volví a dormirme y hacia las once pasé a ducharme, silbando alegremente pensando en que iba a pasear por el lago con Marion.

Sonó el teléfono y una voz femenina dijo:

—Quisiera hablar con el señor Rivers. ¿Está en casa?

—Está todo mojado.

—¿Es usted, señor Rivers?

—Yo mismo en carne y hueso.

—Se levanta usted tarde.

—Estoy a medio duchar. ¿Voy por la toalla y me seco o le importa decirme a qué debo el honor de su llamada?

Ella rió. Una de esas risas hondas, íntimas...

—Soy Beatriz Molnar y me gustaría que hablásemos.

No me sonaba ninguna Beatriz Molnar, y dije:

—Si encontró el número de mi teléfono en el gabinete de señoras del «salón rosa», que lo borren. Ya estoy comprometido.

—Si hay algo que odio, es el humorismo fácil.

—Mi querida doncella, llevamos horas hablando y por ahora solo me ha dicho que se llama Beatriz Molnar. ¿Y qué?

—¡Oh, lo siento, señor Rivers! Por alguna razón creía que usted me conocía. Soy la prima de Lester Murchison y posiblemente fui mencionada como heredera en el testamento perdido. ¿Me identifica ahora?

—¡Por ahí tuvo que empezar, prima Beatriz! ¿Dónde está ahora?

—En un sitio llamado la Posada del Ciervo. Quisiera hablarle. Tengo la idea de que podemos intercambiar un poco de información.

—¿Ahora mismo?

—Lo antes que pueda. Pero no por teléfono. ¿Dentro de media hora? Así tendría tiempo de secarse y ponerse los pantalones.

Recordé cómo la calificaba el viejo Murchison. Sentía gran curiosidad por conocer a la prima Beatriz.

Aunque estaba citado a las doce con Marion, yendo rápido podía matar dos tórtolas en un par de viajes. Y Beatriz estaba en la posada donde la noche anterior habían matado a Lowe.

—¿A qué hora llegó usted a la ciudad? —quise saber.

—Ayer tarde a la seis. Y por si acaso se imagina que yo estaba en la posada cuando mataron al señor Lowe, en efecto, estaba en la posada. En mi habitación, acostada.

—¿Sola?

Bien, lo que yo quería decir es si había testigos para su coartada. Ella no se ofendió, sino que contestó, riendo bajito:

—Totalmente sola. ¿Dentro de media hora, señor Rivers?

—Como un clavo.

Colgando pensé que si se lo decía a Marion querría venir conmigo, y ante otra mujer, prima Beatriz no soltaría prenda. Era mejor inventar algo.

Llamé a Marion:

—Pasaré a buscarte a la una, porque tengo que esperar a que Brod me comunique algo.

—Bueno, y dime, ¿qué llevo para ir al lago? ¿Cómo me visto? Tengo un *short* azul y una blusa blanca que forma un conjunto muy náutico.

—Estupendo.

—¿Por qué no esperamos juntos a Brod?

—Porque es superfluo... Bueno, hacia la una paso a buscarte, ¿comprendes?

—Pareces algo evasivo.

—¿Yo? Ni hablar, preciosa. Anda, ponte el juego náutico y a la una te recogeré.

Había poca gente en la piscina de la posada. Nadie en el tenis. Los domingos por la mañana, la gente se reponía de la bacanal sabatina.

Cuando salí del coche, una morena alta abandonó el banco en que estaba leyendo, y vino hacia mí, insertando un dedo en el libro para marcar la hoja.

Tenía la clase de figura que hace pensar en todo lo que uno no puede comprarse en esta tierra. Su piel era clara y lechosa, y su rostro tenía la remota belleza de una favorita del rey Luis XIV, con siglos de picardía y juvenil tersura eterna.

Su voz tenía arpegio de violoncelo:

—¿Señor Rivers? Soy Beatriz Molnar. Vayamos al jardín y podremos hablar tranquilamente.

Era un jardín placentero con rosas, un estanque para peces dorados y bancos bajo los árboles. Éramos los primeros en entrar en el jardín, sobrios y sin resaca. Nos sentamos en un banco bajo dosel de flores.

Y la damisela me espetó, así de pronto:

—Señor Rivers, ¿tiene usted el testamento?

Bizqueé ante el directo en pleno entrecejo, pero conseguí sacudir la cabeza en sentido negativo y pronunciar sin atragantarme:

—No.

—¿Sabe quién lo tiene?

—No.

—¿Sospecha de alguien?

—Ya ni sé si alguien tiene el testamento.

—Esto es ridículo. ¡Naturalmente que alguien tiene el testamento! Me telefonearon el viernes por la tarde, ofreciéndome el testamento por cien mil dólares, veinticinco mil adelantados y el resto contra entrega del documento.

Era la primera vez que el chantajista había comunicado en persona.

—¡Su voz! ¿Cómo sonaba? —pregunté.

—Era un susurro. Podía ser hombre o mujer. ¿Sigue manteniendo que nadie tiene el testamento?

Revisé mi primera impresión de Beatriz. Tenía voz y cuerpo de cortesana, pero sus ojos me recordaban el destello oscuro de un cepo para osos.

—Yo no sigo manteniendo nada. Sólo que me dispararon cuando yo estaba buscando la cartera con el testamento por la selva, y alguien me destrozó el piso buscándolo.

No pareció impresionada en lo más mínimo.

—Esto me suena a mi querido primito Lester. Anoche hablé con él mientras la policía se iba con usted. También a él por teléfono le ofrecieron el testamento por cien mil dólares. Me sugirió que hiciéramos alianza, en vez de luchar uno contra otro. Naturalmente, acepté.

—Buena idea.

—Pero ni él ni yo pensamos colaborar. Él me dijo que le diese cincuenta mil y que él llevaría las negociaciones. No se los di, porque Lester es más embustero que una mujer.

—Lo cual no es poco decir.

—Ateniéndome a los hechos, si yo tuviera el testamento, lo vendería a Lester o a Beatriz Molnar. Pero lo haría pronto, antes de que pudieran pegarme un tiro. Y como Lester no tiene los cien mil y yo sí, la elección no ofrece dudas.

—Muy interesante, pero yo no tengo el papel en subasta.

—Se comprobó que todos los muchachos motoristas no estaban por los alrededores de la posada anoche. Por lo tanto, hay que descartarlos, y si usted no tiene el testamento, ¿entonces por qué Lester pidió a su abogado Marten que le sacase del apuro? Lester no es conocido por dedicarse a buenas obras.

—Tal vez conmigo se equivocase.

—Usted es el que está equivocándose, señor Rivers. Y además, se coloca en postura peligrosa. Tal vez piensa que Lester y yo elevaremos el precio uno contra otro. Pero Lester no tiene dinero, y si lo saca de quicio puede sucederle a usted algo desagradable.

—Empiezo a estar harto de que me amenacen los Murchison y parentela.

—Yo no le amenazo. Sólo apunto...

—Apunta que estoy en mala posición entre usted y Lester. ¿Y qué haría usted para evitar que Lester obtuviera el testamento?

—¡Cualquier cosa! ¡Todo!

Lo dijo de un modo tan estimulante, que por un momento me quedé completamente desmadejado. Tuve que confesar:

—No tengo el testamento, y de tenerlo se lo llevaría al fiscal.

—O empezaría a pensar en la hermosa vida que podría darse con cien mil dólares. La oferta sigue en pie.

—Delo al hospital de Viudas Ancianas.

Ella rió suavemente. Desvió sus ojos hacia un punto más allá de mi persona, y cuando volvió a mirarme, había burla en ellos. Murmuró:

—Es usted un encanto.

Y sin previo aviso, me colocó la mano en la nuca, me atrajo y me aplastó sus labios encima de mi asombrada boca. La sorpresa me tuvo inmóvil.

Apartándose, susurró ella:

—No diga que no le ha gustado.

Iba yo recuperándome. No es que me disgustase ser besado, pero no que me tomen por un conejillo de Indias y acechen mis reacciones. Dije:

—¿Le doy un certificado por escrito? ¿Por qué se ríe?

—Pensando en la muchacha que hace un momento nos estaba contemplando. Si las miradas matasen, estaría usted convertido en cadáver.

Salte en pie, mirando en torno con salvaje estrabismo, sólo para ver cómo Marion se metía en su coche y devoraba la carretera a todo gas.

—Dios santo —susurró Beatriz—. Parece estar furiosa, ¿no? Espero que no será por culpa mía.

Por un instante sentí deseos de apretarle el cuello, pero preferí saltar hacia mi coche. Una luz roja me dio la suerte. Alcancé a alinearme junto a la ventanilla de Marion, al pararse el tráfico.

—Escucha, muchacha, caray. Déjame explicarte.

—¡No caben explicaciones sobre un beso tan... tan pegajoso!

—¿O sea que estabas espiándome, eh? —Sólo se me ocurrió decir.

—¿Espiendo? —rió ella, majestuosa—. Telefoneé a Brod, quien me dijo que te había visto pasar hacia la posada. Creí que tratabas de obtener material para el reportaje, y fui allá.

Me tenía embobado, se encendió la luz de paso y ella arrancó a traición. Quise alcanzarla, pero se interpusieron dos cosas: un camión y tuve que frenar, con lo que volvió la luz roja. Después pasé una hora en vano ante el piso de Marion.

Volví a mi departamento a beber un poco para consolarme. Cada media hora telefoneé a casa de Marion. Y cada media hora, viendo cómo fracasaban mis intentos, bebía otro trago. Era *whisky* escocés, y no sé qué pasa que me inunda de melancolía.

Una de las veces me dio por llamar a Beatriz y le dije unas cuantas cosas.

Ella suspiró.

—La pobrecilla estaba celosa... ¡Oh, cuánto lo siento! Los celos es una enfermedad como el alcoholismo. Básica.

—Si estuviera usted aquí...

—¿Por qué no viene a la posada, tomamos un, *cocktail* y...?

—No quiero que me detengan por asesinato, Mesalina.

Colgué. Vaya tarde que me esperaba. Bebí unos cuantos tragos más.

Cuando llamaron a mi puerta, me abalancé dispuesto a estrangular a Beatriz Molnar. Pero era un hombre alto, pulido, con rostro de zorro que me dijo sonriendo.

—Señor Rivers, me llamo Marten. Ayer me solicitó el señor Murchison para que suavizase su ligera diferencia con la policía.

Hice una mueca y cerré la puerta en su cara, pero cuando me volví, me encontré a alguien en el sofá. Su silueta era vaga, pero le reconocí por la sonrisa zorruna. Era Stuart Marten.

—El señor Murchison esperaba que usted le llamase ayer, señor Rivers.

—No tenemos nada que decirnos, ni tampoco con su prima de Boston.

—¡Ah, sí! La señorita Molnar. La visitó hoy al medio día, creo. Una mujer encantadora.

—A mí no me encantó. Ni mucho menos.

—Le ofreció seguramente dinero.

—Entre otras cosas.

Rió Marten con breve carcajada armónica.

—No me sorprende, ya que la señorita Molnar es conocida, digamos por su generosidad. También es conocida por su falta de escrúpulos. Le prometerá lo que sea, pero no dará nada. Es una mujer peligrosa, señor Rivers, plenamente amoral.

—Plenamente —admití—. Y también lo es Lester.

—Vamos, vamos, señor Rivers. Ayer el señor Murchison le hizo un buen favor. De no ser por él, podría hallarse usted en la cárcel.

—¡Ja, ja! —dije, burlón.

Y me fui a la cocina, donde en la mesa estaba mi único amigo, un amigo fiel que cabe en una copa y puede renovarse constantemente.

Poco después volví a mi *living*. Marten estaba estudiando unos papeles que había colocado sobre la mesita. Yo le dije en tono desagradable:

—¿Es que no sabe comprender que está sobrando? Si un hombre se bebe unos tragos sin invitar, esto significa que el otro, el no

invitado, o sea usted, no resulta bienvenido.

Volví a la cocina para duplicar la prueba de inhospitalidad. O sea, que iba a beberme dos copas más. Había varias botellas, pero era sólo una ilusión óptica.

Cuando conseguí coger la botella, entonces se presentó el problema del vaso. Había una verdadera selva de vasos sobre la mesa y si tenía que acertar cuál era vaso de verdad y cuál vaso de espejismo, me iba a pasar la noche palpando.

Solucioné el problema bebiendo al gollete. Y ya confortado, comprendí que me portaba mal con Marten. Era Lester quien me reventaba, pero contra Marten yo no tenía nada.

Era preciso que me portara como un caballero, demostrándole a Marten que no le guardaba rencor, invitándole a beber un traguito.

Navegué hasta el *living*. Había cuatro o cinco Marten sentados en línea, pero no me importaba ya que yo tenía cuatro o cinco botellas en mis cuatro o cinco manos.

—Tendrá que beber de la botella directo, porque los vasos se han multiplicado como conejos y no hay modo de cazarlos.

Él me contestó, pero no pude entenderle. Tartajeaba atrocemente aquel muchacho. Pensé que siendo abogado resultaba extraño que hablase tan confusamente. Era preciso consolarle.

—No se preocupe —le dije, con simpatía—. Son los nervios. Yo también a veces tartamudeo cuando me pongo nervioso. Lo que tiene que hacer es conservar la calma, siempre conservar la calma.

El pobre siguió hablando, pero no había manera de entenderle. Sentí pena por él. Todo un abogado hablando tan estropajoso. Y empezó a esfumarse. Fui buscándole, pero no había modo de dar con él.

Todo resultaba muy fatigoso, y, abandonando, me encogí para echar un sueño antes de reanudar los esfuerzos en busca del desaparecido abogado Stuart Marten.

CAPÍTULO IX

Dieron las once de la mañana antes de que me encontrase dispuesto para ir a la oficina. Cada vez que respiraba tenía que guiñar un ojo y encoger el cuello. En vez de cabellos me parecía tener púas de espino.

La resaca era lo de menos. Lo atroz era la sorpresa que me encontré sobre la mesita cuando, duchado y medio despierto, miré hacia allí.

Una copia al carbón, en duplicado, de cierto acuerdo entre Lester Murchison y yo, según el cual yo me comprometía a «ayudar» a Lester en la recuperación de cierta propiedad escrita como «documento», y por cuya ayuda aceptaba por adelantado la cantidad de cinco mil dólares a cuenta «de los servicios a prestar».

La firma era la mía, no cabía duda. Muy mía. Y sobre el duplicado había cinco mil dólares en billetes de cien, nuevecitos.

El cuello de la camisa me venía muy prieto.

Camino de la oficina, pasé por el despacho de Brod Garvin, y le enseñé el duplicado.

—¡Cáspita! —exclamó, tembloroso—. No me digas que has firmado el original de este escrito.

—Yo estaba bebido, inundado de licor hasta las cejas. No sabía lo que me estaba haciendo, pero la firma de uno es algo maquinal que uno escribe aun habiendo bebido toneladas de explosivo líquido.

—¿Te das cuenta que esto equivale a que admites estar chantajeando, Hart? Si Vernon coge este documento, vas listo.

—Eso es lo que creo —dije, cavernosamente—. Tal vez podría llevarle este duplicado a Vernon y explicarle en qué circunstancias...

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Brod, alarmado—. Si le vas a ver con esto, te encarcela. ¿No comprendes que con este escrito admites

que tienes el testamento?

—Pero eso es un truco que se buscó Lester con su abogado — rechiné los dientes, sólo de pensar en Marten—. Así cree que le daré el maldito papel y como no lo tengo... ¿Qué hago, Brod?

—Irte a Rusia o a la China, donde no hay extradición. De veras, Hart, lo siento, pero tal como se te ha puesto el panorama, nada legal puedo hacer para ayudarte.

—Me doy cuenta, Brod.

Fui a mi oficina. Entre mi resaca y el duplicado al carboncillo, me encontraba en baja forma. Pero había algo en que estaba firme, y apenas entré en el despacho de Marion, se lo espeté:

—Nada de equívocos, muchacha. Ayer no fui a la posada para lo que te figuraste. ¿Sabes quién era ella? Pues era Beatriz Molnar, de Boston, y prima de Lester Murchison.

—¿De veras? Muy interesante —me dijo, arqueadas las cejas—. Además, creo que es rica. En esto no puedo competir con ella, aunque gracias a la Providencia, no tengo que competir con ella en otros terrenos tampoco. Cuando te sorprendí, ella se enrollaba en torno a ti como el celofán en un paquete de cigarrillos.

—¡Maldita sea! Lo hizo sólo para fastidiar..., cuando se dio cuenta de que nos estabas viendo... Hasta entonces, nuestra conversación había sido normal.

—Eso me telefoneó ella esta mañana. Pero no la creí. Y además, no me interesa, señor Rivers.

—¡Oh, vamos, vamos! Los celos son una enfermedad como..., bueno, como el alcoholismo. Es básica. Ya te he contado lo que pasó.

—Ya vi lo que pasó. Y era muy gráfico. Su teléfono lleva mucho tiempo repicando, señor Rivers.

—¡Al cuerno el teléfono!

—Puede ser una dama pidiendo un anuncio redactado así: «Para sus fines de semana, alquile al señor Rivers. Es volcánico, y se ajusta como un guante». Déjeme trabajar, señor Rivers.

—¡Al cuerno!

Y pasé a mi despacho dando el gran portazo.

El teléfono seguía repicando. Lo agarré furioso, clamando:

—¡Si no tiene nada importante que decirme, cuelgue!

Era el *sheriff*. Se llamaba Ward Rogers y en las últimas

elecciones, yo había votado por su rival.

—¿Qué rayos le pasa, Rivers? —me preguntó, truculento.

Vaya mañanita...

—Buenos días, *sheriff*. ¿Qué tal?

—Brod Garvin me telefoneó con la historieta de que alguien le había disparado a usted en el bosque cerca de la mina. ¿Por qué no denunció el hecho? ¿No sabe que no está permitido allí la caza? Está escrito en pancartas bien claras.

—Últimamente parece que nadie se fija en la veda cuando se trata de mi persona. Será porque soy un blanco grande y de buen carácter.

—¿Está borracho, Rivers?

—No, pero creo que es mi único porvenir.

—Rivers... —Y el tono era amenazador—, la próxima vez que alguno de sus amigos llame a mi oficina para contarme cuentos tártaros, así como hay Dios que los echo a usted y a sus amigos de la ciudad.

Su teléfono, al colgarse, resonó como un martillazo en un yunque.

Hay días en que uno daría mayor provecho metido en una nevera, que tratando de actuar racionalmente. Y el lunes por la mañana es de lo peor. Anunciantes telefoneando sin cesar.

Procuré absorberme en el trabajo dando respuestas coherentes. Al enésimo telefonazo, no era un cliente, sino Lester Murchison, que con entonación jovial, me deseó:

—Feliz lunes, viejo camarada. ¿Qué tal, qué tal?

—Bien, bien, bien, hermano Lester. Tengo algo para usted.

—Esto es lo que esperaba oírle. ¿Voy a su despacho o viene a mi casita? Le sugiero que venga, ya que estaremos más en privado, ¿no?

—Propongo que venga a mi despacho, hermano Lester. Tengo un cajón lleno de barras de plomo de linotipia, y las voy a poner en un saquito para recibirle a piñazo limpio en toda la cresta.

—Escuche, estúpido borrico. Usted firmó ayer cierto papel. Lo tengo ante mis ojos, y, según mi abogado, que debe saberlo, puesto que fue él quién se lo hizo firmar, está usted seriamente comprometido. Y si se me ocurre llevarle este escrito al fiscal Vernon, recuerde que este caballereito es accionista principal para

conceder a otros el usufructo de la silla eléctrica.

—¡Venga! ¡Llévesela al fiscal! ¡Venga! —farfullé, indignado.

—Cálmese, hombre. Seamos adultos razonables, Rivers. Cumpla con su parte en el negocio y percibirá noventa y cinco mil, libras de impuestos.

—Lo único que quiero imponerle es un redoble sobre el cráneo.

—Está usted acalorado, Rivers. Piense con calma. Le doy un par de días más, pero no abuse o me volveré loco.

—Y yo dedicaré los cinco mil que me ha donado benéficamente en proporcionarle una celda forrada de piel de zorro.

Colgué como el *sheriff*. De un martillazo. Pasé a la mirilla, comunicando con el despacho de Marion y, abriendo, la llamé, en tono imperativo.

Sentado tras mi mesa, apenas entró, le espeté:

—Conque quieres ser una periodista, ¿no?

—Señor Rivers, espero que no me haya llamado para exhibir otro arrechucho de mal genio.

—Vas a escribir la historia completa de Murchison y el testamento en la página primera.

Su barbilla descendió unos milímetros y sus ojos crecieron varios centímetros.

—Ya estoy cansado de servir de pelele y por de pronto me tiene sin cuidado si crees o no lo que te he contado sobre prima Beatriz.

—Te creo, Hart, te creo —dijo, sumisamente.

—Al trabajo. Quiero una primera página echando chispas. Vas a tocar la «Underwood» como si fuera un piano de cola, en melodía de tamboriles. Tiene que ser una obra maestra. Entre los dos sumamos más noticiones que el total de todos los periódicos que han ido publicando sandeces sobre el caso del testamento. Si crees que no podrás redactar el reportaje candente que te pido, ahora es el momento de decírmelo.

—Yo..., yo podré, Hart, podré, palabra que sí.

—Revisaré tus ensayos hasta dar con la copia definitiva. No quiero un listín telefónico, sino una hábil mezcla de personajes: Brod Garvin, Geo Cohen, yo, Dunn, el fiscal, Hanson, el abogado Marten, la banda de motoristas, Lester, Beatriz, Lowe, y todo, claro. Yo añadiré lo referente a cierto papel que anoche me extirpó el bandido de Marten por cuenta de Lester. Ya puedes empezar con tus

cuestionarios, y luego no me vengas llorando si te estampan las puertas en las naricitas.

—No te inquietes, Hart —jadeó, embelesada—. Triunfaré.

—¿Sí? Recuerda lo del prelude de funeral. Esto es distinto a escribir sobre el feliz nacimiento del pequeño Johnny o la boda de la distinguida fea Arabela. ¡Vamos, cázate los patines y al trabajo!

Salió pitando, y yo me encontré en un suave estado de euforia como debió tenerlo Napoleón antes de lo de Waterloo. Después de la euforia, me llegó el aplanamiento total.

Un aplanamiento condensado en una fórmula breve: «Hart..., el que inventó las cajas frigoríficas del depósito, ya tiene otro cliente más: yo».

El miércoles a medianoche, aún estábamos trabajando. Marion había hecho una buena tarea. Yo dicté:

«Al firmar dicho contrato yo estaba completamente embriagado. Quiero ayudar a las autoridades a encontrar el testamento. He devuelto los cinco mil dólares al señor Murchison, por correo certificado, valores declarados, haciendo públicas todas estas martingalas sólo pretendo colaborar con la ley».

A las cero treinta de la madrugada, me visitó Geo Cohen:

—He visto luz, y como últimamente no duermo a fondo, he venido a charlar. ¿Qué pasa con vosotros dos? lleváis unos días muy atareados.

Le dejé leer todo el reportaje en sus folios mecanografiados. Para juzgar sobre la reacción del público lector. Se le pusieron las cejas junto al nacimiento del cabello, y estuvo unos minutos emitiendo cortos silbidos como una locomotora con exceso de vapor. Por fin, me preguntó:

—¿Cuáles son los días de visita a los presidiarios, compañero? Porque con este reportaje te aseguras una celda de primera.

—No hay para tanto —dije algo mosca y también un poco asustado.

—Como eres un buen chico, Hart, trataré de encabezar una lista de peticiones solicitando tu libertad condicional.

—¡No pueden hacerle nada a Hart por decir la verdad! —exclamó Marion.

—La gente prefiere a veces las mentiras. Por ejemplo... —Y Geo buscó entre los folios mecanografiados, para leer—: «Las sospechas

iniciales recayeron sobre los tres primeros en presentarse al lugar del fatal accidente: Brod Garvin, Geo Cohen y el editor Hart Rivers». Bien ésta es la verdad, pero hará que la gente empiece a meditar. ¡Y no me gusta ni le gustará a Brod! Somos negociantes locales en una ciudad pequeña, y esta clase de propaganda no nos favorece.

Me costó media hora aplacar a Geo, quien, al final dijo:

—Bien, puede que no nos perjudique, pero no creo que te gane la popularidad amistosa, compañero.

El jueves mi revista se desparramó por la ciudad y contornos, a la misma hora que el repartidor de leche.

La primera llamada telefónica a mi despacho fue a las ocho treinta.

Brod Garvin me dijo:

—Si necesitas un abogado competente, piensa en mi firma. Y si precisas escolta, recuerda la Pinkerton y también a los exmarines.

—¿Te gustó el reportaje, Brod?

—Muy iluminado, hijo mío, pero creo que deberías hacerte examinar la cabeza, si es que cuando acabe esto te queda cabeza. Yo de ti saldría a pasear metido en un tanque a prueba de torpedos. Nada más, Hart.

Me sentí deprimido. Claro que me constaba que Brod, aunque era un buen muchacho, carecía de valor. A las nueve me llamó el fiscal Vernon. Tono blanco, cordial, como el gato con la ratita:

—He leído un interesante reportaje de su revista, Rivers. Me permitió averiguar una o dos cosas nuevas. ¿No le enseñaron de pequeño a no firmar nunca nada sin antes leer lo que firmaba?

—De acuerdo, lo aprendí, pero no estaba en condiciones de leer nada. Sólo pude leerlo cuando a la mañana siguiente, evaporando el alcohol, encontré el duplicado en mi mesa.

—Resulta extraño, ya que un abogado llamado Stuart Marten, me acaba de llamar para comunicarme que usted estaba totalmente sobrio cuando firmó el acuerdo.

—¡Es un embustero!

—¿Sí? Convengo que Marten no es un médico y, por lo tanto, no está capacitado para determinar si estaba sobrio o ebrio, pero dice que usted busca una excusa para justificarse. Naturalmente, mi departamento no tomará ninguna medida hasta ulterior estudio. Personalmente, no acabo de percibir ni explicarme su deseo

ardiente de verse acusado de chantaje y asesinato, señor Rivers. Mi personal está dedicado a atar cabos con suma cautela. Espero, señor Rivers, que no planee usted ningún viaje fuera de la ciudad. ¿No, señor Rivers?

—No salgo de la ciudad.

—Lo celebro. Estaremos en contacto así. Y puede satisfacerle la seguridad de que su reportaje me ha dado mucha materia en qué pensar.

Yo sudaba como un pollo cuando se acabó esta conversación. Con Lester Murchison no hubo charla. Se limitó a bramar:

—¡Le costará caro, condenado asno!

Bueno. Con aquello ya contaba. De Lester sólo podía esperar violencias físicas y me parecía poca cosa, comparado con la muerte.

Marion preguntó, asomándose a mi puerta:

—¿Empieza el bombardeo, Hart?

—Lo peor ya está.

—¿Qué ha dicho el fiscal? —Ella sabía que lo peor era Melvin Vernon.

—Que es interesante, educativo y racional. No me envía esposas.

—¿Y Lester?

—Está muy furioso porque aún nadie me ha vapuleado.

Tuve que rectificar inmediatamente, porque Marion fue empujada a un lado y Beatriz Molnar, la prima de Boston, entró a taconazo de carga, gritando:

—¡Maldito chismoso!

Y me asestó un revés con su bolso. Si no me encojo, me arranca la cabeza.

El bolso silbó por encima de ésta, chocando con un estante. Pude quitárselo de la mano. Lo abrí.

De su interior cayó una piedra del tamaño de una pelota. Ella gritó intentando arañarme. Marion le golpeó la nuca con mi diccionario, y Beatriz salió impulsada contra la pared lateral. Más ofendida que dañada.

Marion dijo, majestuosamente:

—Hart puede ser un caballero, pero yo no lo soy. Intente usted otro truquito y la arrastro hasta la calle.

Los ojos de Beatriz destilaron veneno repartiéndolo entre Marion y yo. Después se irguió y volvió a ser una dama de Boston

despreciando el hampa de Cumberland.

—He llamado a mi abogado, señor Rivers —me dijo con voz helada—. Presentaremos una demanda por libelo.

—La última vez usted ofrecía y no demandaba.

—Esto lo negaré.

—Escuche, doncella de Boston, yo me he empapado la ley de libelos y nada de lo que dice el reportaje es libelo, puesto que se limita a exponer que usted y su primo están ansiosos por recuperar el testamento.

—¡Sea como sea, no pararé hasta verle en la cárcel!

Su voz ya no era un violoncelo, sino una sierra. En cambio, la de Marion fue melosa, suave, cantarina:

—Se olvida algo importante, señorita Molnar. Piense en el mediodía del domingo. No tiene que adivinar que era yo la que estaba en el linde del jardín cuando usted ofreció al señor Rivers no sólo cien mil dólares, sino unos privilegios de orden íntimo, sólo para el señor Rivers, porque usted hace años que perdió todo lo íntimo.

—Hay otra cosa —intervine—. El señor Lester está bufando, enterado de que usted intentó traicionarle, y por lo poco que pudo gritar coherentemente, creo que resulta imposible calumniarla, señorita Molnar, dada su reputación internacional. ¿Crees, Marion, que Murchison tendría que ser persuadido para que viniera a testimoniar contra su primita?

—Lo difícil será contenerlo, señor Rivers. Cada vez que le mencioné el nombre de su primita, mordía y arañaba la alfombra. Si lo desea, señorita Molnar, telefono al señor Lester Murchison.

Con tono definitivo, replicó Beatriz:

—Por mi vayan los tres directamente al infierno. ¿Puedo rogar que me devuelvan mi bolso?

Se lo devolví, diciendo:

—Guardo la piedra como recuerdo.

Se dirigió ella hacia la puerta, y dio media vuelta. Yo, instintivamente, me encogí previendo el segundo bolsazo. Pero sólo dijo:

—Señor Rivers, enciérrese de noche. Mire bien cuando cruce una calle. No se aproxime a lugares oscuros. Cierre sus puertas y ventanas.

—De momento, cierre usted la puerta al salir, señorita Molnar.

La estampó, pero se fue. Después, una sucesión de telefonazos. Un cazador de las colinas ofreciéndome su perdiguero para recobrar la cartera. Una pitonisa que leía en las hojas y el poso del té. Un viejo matrimonio en una aldea, ofreciéndome una cartera de piel de lagarto, heredada de su tatarabuelo. Otros, pidiendo si había recompensa...

El teniente Jess Hanson, diciéndome:

—He bregado con tipos más listos que usted, Hart Rivers.

El *sheriff* reprochándome que no colaborase con él, cuando me habló de la veda en la mina. Y así hasta las cuatro de la tarde.

Agotada, Marion fue a dormir. Yo me tendí en el sofá. Vino Warren a decirme que le había dado unas horas de permiso a Dunn Clyde.

Dije que bueno. Pero me desperté, levantándome.

—Me voy a casa, Warren. Llame quien llame, no estoy, salvo, naturalmente, si es el fiscal.

En la calle me encontré con que los cuatro neumáticos de mi coche estaban deshinchados. No había duda. Represalia de los gamberrillos de Velox Motoclub.

Llamé al garaje para que lo reparasen y me fui andando a casita. Y me dormí apenas tendido en el sofá.

CAPÍTULO X

Tuve pesadillas, como es natural. La última a base de un barreno perforándome los tímpanos, hasta que en la oscuridad localicé el teléfono.

Una voz aguda empezó a llenarme el oído de incoherencias. Atajé:

—Lento, hermano. Está usted a todo gas y yo aún no he puesto el contacto. ¿A quién tengo el honor de escuchar?

—Dunn Clyde. —Y la voz tenía un trémulo histérico—. Tengo que hablarle. ¡Tiene que oírme, tiene que oírme!

—Oigo... —Y sacudí la cabeza para acabar de despejarme—. ¿Qué pasa, Dunn?

—Palabra de honor, señor Rivers, que yo no creí que las cosas iban a ponerse así. No lo habría hecho si llego a pensar... Tiene que creermme. Yo no sabía... Hasta cuando mataron al tipo ese llamado Lowe, yo pensé que era otro quien lo mató. Y no puedo ir a la policía, porque me meterían entre rejas. Tiene que ayudarme, señor Rivers. Estoy en un grave apuro y no sé qué hacer. Usted es el único que puede ayudarme.

—¿Qué clase de apuro, Dunn?

—No fui yo, se lo juro, señor Rivers. Él la tenía escondida bajo el coche y me dijo después que fuera a sacarla y me ganaría unos cuantos billetes.

—¡La cartera de Lowe!

—Yo no sabía lo que había dentro. Tiene que creermme, señor Rivers. Él me ha llamado hace poco y... yo no quiero más jaleos con la policía, y si usted no me ayuda, no salgo de ésta. Él puede acabar conmigo.

—¡Por lo que más quieras, Dunn! Cálmate, muchacho. ¿Dónde estás ahora?

—En mi casa.

—Voy allá. ¿Tienes la cartera?

—Sí, está allí arriba.

Hubo un silencio repentino y el teléfono fue colocado suavemente en su horquilla. Frenéticamente hojeé el listín resbalando mi índice sobre las «C» hasta llegar al «Clyde, Flora».

Resultaba tétrico oír el timbrado repetirse constantemente sin obtener respuesta. Llamé entonces a la comisaría.

El sargento era uno de esos temperamentos metódicos al que tenían tras el despacho nocturno porque era demasiado lento para ir por las calles con placa y pistola. Fue replicándome:

—De acuerdo, de acuerdo... En la dirección que me da y que anoto, ha pasado algo. ¿Presenta usted una denuncia? ¿Cómo se llama y cuál es su dirección? Será preciso que pase por aquí a firmar la denuncia. Y dígame qué es lo que ha pasado en la dirección que me ha dado y que acabo de anotar. ¿Una reyerta conyugal?

Conseguí perforar la gruesa capa de su seso, diciéndole que debía llamar cuanto antes al coche patrulla. Después telefoneé a Hanson. Podía no serme simpático, pero era el policía más inteligente que yo conocía.

—El muchacho estaba en la mitad de su información, Jess, cuando hubo un súbito silencio. No fue un accidente de conexión, ya que llamé después y aunque nadie me contestó, funcionaba el teléfono. Estoy seguro que le ha pasado algo.

Jess Hanson no perdió tiempo haciéndome preguntas. Me pidió la dirección de Clyde y dijo que iba allá.

Cuando yo llegué, ya estaba el coche patrulla en la calle. El grueso Carl Briscoe se hallaba plácidamente bajo el porche, mirando por la ventana.

—¿Fue usted el que presentó la denuncia, Rivers? No hay nadie en la casa.

Yo empujé la puerta y entré. El teléfono estaba en una mesita junto a la caja de escalera, y por su situación comprendí que Dunn daba la espalda a la puerta de entrada cuando me llamó.

Briscoe acudió, resoplando:

—¿Qué diablos es esto, Rivers? No puede usted invadir así como así los domicilios ajenos.

Yo miré por el suelo. Junto a la puerta, había una alfombra

arrugada. Originalmente, aquella alfombrita debía estar bajo el teléfono.

Carl Briscoe empezó a ponerse pesado.

—¿Sale o tengo que echarle, Rivers?

Por suerte, llegaron entonces Hanson y Murray. Me escucharon atentamente mientras les repetía con la mayor exactitud posible lo que había dicho Dunn Clyde. Terminé:

—Deben haber hallado algunas huellas en el teléfono y por esto no lo he tocado.

Hanson asintió ordenando a Murray que llamase al equipo de huellas. Y que toda la policía comarcal fuese alertada.

Indiqué la alfombrita y mi idea. La extendió Hanson en el suelo. Era de color canela y había algunas manchas que podían ser sangre, pero sólo el laboratorio lo podría identificar.

Rebuscamos toda la casa, sin hallar nada aclaratorio.

Regresaba Murray y fuimos al *living* para esperar los técnicos. Dijo Jess:

—A lo mejor llamó a alguien más.

—Creo que confiaba mucho en Marion Dahl —dije.

—Vaya por Marion —ordenó Jess a su ayudante.

Después vino el equipo técnico. También apareció el fiscal Vernon, ojeroso y taciturno. Murray trajo a Marion, pálida y asustada.

Flora Clyde llegó abandonando su trabajo de camarera en la posada.

Fogonazos de magnesio, polvos blancos por los muebles y teléfono, puerta, rampa de escalera.

Vernon interrogaba a Marion. Jess, Murray, otros detectives, interrogaban a los vecinos. La señora Clyde se desmayó.

Y por último, nada en limpio de todos los interrogatorios.

El teléfono había sido limpiado cuidadosamente. Nada de huellas. Ningún vecino había oído ni visto nada sospechoso. Parecía como si Dunn Clyde se hubiese evaporado.

Gradualmente, la casa recobró su quietud. Al día siguiente nos enteraríamos.

Vernon, sentado en el vestíbulo, bebía café. La señora Clyde, en el sofá, estaba rígida, espectral. Dijo de pronto, en voz baja:

—Por suerte, mis dos hijas están en casa de sus abuelos.

Marion se sentaba junto a Flora Clyde, tratando de confortarla con su compañía. Yo paseaba, fumando cigarrillo tras cigarrillo, hasta que mi boca tuvo sabor de cenicero.

Fue una noche lenta, tétrica y angustiosa. Yo estaba junto a la ventana cuando el amanecer fue pintando de gris el horizonte.

Un coche negro y amarillo de la policía vino a detenerse ante la puerta. Saltó Jess Hanson y acudimos a su encuentro el fiscal y yo.

El rostro enjuto de Hanson manifestaba cansancio.

—Lo encontraron —nos dijo—. Bajo un puente de la carretera diez. La cabeza destrozada. Muerto. Ninguna huella ni pista.

CAPÍTULO XI

Dos horas después, me dejaban libre. Hasta el final, pude ver que Vernon esperaba algo que pudiera, relacionarme con el segundo asesinato, pero el elemento tiempo estaba a mi favor.

Dunn Clyde había sido asesinado hacia la una de la madrugada, y yo no había tenido tiempo de llevar el cadáver a la carretera diez y volver a Cumberland, ya que Carl Briscoe testimonió que yo había llegado a la casa de los Clyde casi al mismo tiempo que él.

Conduje a Marion a su casa y por unos minutos estuvimos sentados en el coche, mirando su casa en silencio. Por fin, ella dijo, débilmente:

—Estoy exhausta, pero creo que no podré dormir durante años.

—Yo prefiero no cerrar los ojos, porque veo cosas que no quiero ver. ¿Desayunamos? No tengo hambre, pero debemos comer algo.

—Yo no puedo comer nada.

—Hay una propaganda acerca de que la gente debe comer o se muere.

Por fin bebimos jugo de naranja y café. Me puse a jugar con mi encendedor. No sentía ganas de fumar. Marion colocó su mano en la mía.

—No te atormentes, Hart. No pudiste hacer nada para impedirlo.

—No me atormento. Estoy pensando.

—¿En qué concretamente, Hart?

—La policía registró toda la casa de Dunn sin hallar la cartera. Opinan que el asesino se la llevó consigo. Yo no estoy seguro.

—Pero si Dunn te dijo que la tenía...

—Dunn era un muchacho y yo fui muchacho hace unos cien años. ¿Iba Dunn a esconder la cartera robada en una casa donde su madre o hermanas podían encontrarla? Ellas hacían la limpieza. Tuvo que esconderla en otro sitio. Cuando yo le pregunté a Dunn si la tenía, su respuesta exacta fue: «Sí, está allá arriba». Y no pudo

decir más. ¿Dónde es allá arriba? ¿En el ático? Todo el mundo la vería. Pero la escondió en un sitio que para él era alto y que, además, no estaría a la intemperie. ¿Vas viendo, Marion?

—Voy viendo. Pero parece absurdo, ¿no?

—No del todo. Dice que sacó la cartera de debajo del coche. En su moto no tenía bolsines y, por lo tanto tenía que esconderla pronto antes que le vieran transportándola. Sólo había por allí un sitio apropiado y definitivamente alto, arriba. La mina de cobre.

—Pero no pudo entrar en la mina, Hart. La galería está taponada con rocas y cemento.

—Seguro, pero estos muchachos entran donde quieren, aunque tengan que abrir una topera. Y ahora mismo voy a la mina.

—Deja que la policía vaya, Hart. Ya has tenido bastante jaleo.

—La policía quiere la cartera. Yo quiero coger al asesino. Cuando tenga la cartera, echaré varios anzuelos y me bastará esperar a que el asesino me visite.

—Hart, ¿sospechas de alguien en concreto?

Miré mi encendedor. El que había encontrado junto al cadáver.

—No —mentí—. Volveré antes de una hora, mi vida.

—¡Oh, no! Tú no vas allá solo. Voy contigo.

A menos de atarla y meterla en un saco, no lo podía impedir. Si la dejaba atrás, acudiría sola, lo cual sería peor. Para mi aquella mina pronto se iba a convertir en un túnel siniestro...

Ni dijimos nada durante el trayecto. Yo no podía evitar que mi mente fuera atando pequeños cabos: mi encendedor en el asiento del «Cadillac», evidentemente para arrojar las sospechas sobre mí; la cartera escondida bajo el coche, la clase de cerebro que al instante asimilaría el valor de un testamento extraviado, la clase de hombre para quien el dinero fuera una tentación irresistible, el hombre que podía haber tenido la oportunidad de convencer a Dunn para que fuera su cómplice...

Me ponía enfermo pensar en quién era el asesino. Pude dejar de pensar cuando llegamos al sendero de la mina. En la ladera, perdimos media hora hasta encontrar un acceso a la mina.

Los muchachos habían socavado en el cemento, abriendo un acceso, cubriéndolo después con ramas y hojarasca.

El túnel interior era sólo de unos dos metros y terminaba en un ensanchamiento que tiempo atrás contenía el ascensor, que bajaba a

las galerías inferiores.

Viguetas podridas soportaban el espacio en torno al pozo. Me aparté.

—No te acerques al borde, Marion, porque puede derrumbarse.

Tembló ella, cuerpo y voz.

—No me gusta estar aquí, Hart.

Ni a mí tampoco me gustaba. Las pesadas rocas de la bóveda parecían a punto de desprenderse. Todo estaba húmedo y oscuro, y mi linterna creaba sombras danzarinas que se alargaban y ocultaban.

Exploré con cuidado, sin hallar rastro de la cartera. Estaba tan seguro de encontrarla allí que la decepción me amargó.

—Voy a explorar mejor —me animé a mí mismo.

—No, Hart, por favor, no... Vámonos de aquí.

Hice resbalar el foco de luz de mi linterna por las paredes, techo y la negra boca del pozo. Mi diestra se crispó en torno a la linterna...

¡El pozo! No habíamos mirado al interior del pozo.

—Quédate aquí —le ordené a Marion.

Repté con mucho cuidado hacia el borde del pozo, y a medida que me acercaba sobre el estómago, pensé que si resbalaba, se hundirían conmigo en el pozo un alud de piedras y viguetas.

Al borde, asomé la linterna iluminando el pozo. ¡Allí estaba la cartera! A unos dos metros debajo de mi nariz, suspendida por una cuerda que estaba anudada al borde de una plancha agrietada.

Fui tirando de la cuerda con sumo cariño, y, retrocediendo con idéntico mimo, exclamé:

—¡La tengo, Marion! ¡Ya es mía la cartera! ¡La tengo!

Y en pie junto a la pared en que ella se reclinaba, le mostré con manos trémulas la cartera de piel de lagarto con las iniciales «P. L.», doradas.

—Toma la linterna, Marion. No tiembles. Aguántala firme. Quiero ver si dentro está el testamento.

Dentro había dos testamentos. En uno, el viejo Murchison había escrito a lo ancho con letra grande y colérica: «Anulado», añadiendo su firma. Era el que lo dejaba todo a su hijo Lester. El otro lo leí también velozmente en lo esencial. Por eso había estado Lowe repitiendo que aquel «instrumento haría fallar su intención».

Cualquier abogado lo habría anulado también.

Legaba a Lester quince mil dólares anuales, hasta que llegase a los sesenta y cinco años, en cuya edad recibiría tres millones.

Beatriz percibiría los intereses de aquellos tres millones, y el resto del dinero iría a parar a una institución educativa del Estado.

Dije con complacencia:

—Es un testamento adorable. Me gusta... ¿Qué te pasa, muchacha?

No me escuchaba. Ni siquiera se fijaba en mí. Estaba mirando con horror hacia la entrada del túnel.

Y súbitamente comprendí que una sombra bloqueaba la estrecha entrada de luz.

Una silueta pequeña, delgada, con camisa de nylon amarilla, téjanos azules, botas vaqueras, reptaba por la entrada. Un pañuelo le cubría la cara hasta las pestañas. Llevaba un rifle.

Cubrí con mi cuerpo a Marion, pero no podía ya saltarle encima al enmascarado, que con voz simulada en agudo falsete, conminó:

—Echa la cartera, Rivers, y no os pasará nada a los dos.

Sin pensarlo, encolerizado, grité:

—¡Puedes quitarte la mascarita, Brod Garvin!

CAPÍTULO XII

Su respingo y el silencio que siguió me hizo comprender que había yo cometido otro error. Lo había identificado y ahora no podía permitirnos que saliésemos vivos.

—Bien, Hart —y habló con su voz natural—. Tú lo has querido.

—No, Brod, no te atreverás a disparar.

Un saliente nos protegía, pero él iba avanzando para tomar el punto de mira adecuado.

—Lo siento, Hart, créeme. Pero no me has dejado otra solución. Me has obligado. No vas armado.

—Ni necesito revólver. Tengo algo mejor.

—Sólo tienes la linterna. Os estuve viendo con mis prismáticos mientras buscabais una entrada.

—Mira arriba, Brod, mira al techo. Fíjate en las piedras sueltas, agrietadas, y en las viguetas podridas. No podrás apretar el gatillo.

—¿Por qué no, maldito loco?

—Tú eres el loco, si no te has dado cuenta aún de lo que pasará si disparas aquí dentro. El estampido puede que sólo suelte una roca, pero la roca, cayendo, topará con otra. Las dos arrastrarán tierra, y antes que puedas salir fuera quedarás enterrado. Y ahora, dispara, si te atreves.

Mi bravata no hubiera convencido nunca a un carácter como Geo Cohen, por ejemplo, pero yo contaba con el poco temple del nervioso Garvin.

—Y necesitarás disparar dos veces. Una por mí, otra para Marion. Nunca saldrás vivo de este túnel siniestro, Brod Garvin.

Un hombrecillo que por falta de valor tenía que resignarse a ser un abogadillo provinciano. Sus pasos se detuvieron. Seguramente estaba contemplando la bóveda, viéndola desmoronarse, enterrarle... Apreté el torniquete:

—Y hay más, Brod. Si yo adiviné quién era el asesino de Lowe y

Clyde, también lo adivinará la policía, porque son más listos que yo y tienen organización. Estás acabado, Brod. Te delataste una docena de veces. Por ejemplo, mi encendedor en el asiento del «Cadillac». ¿Quién lo puso allí? ¿Un transeúnte? No, sino alguien muy cercano a mí. Yo debí dejarlo caer en el remanso cuando estábamos pescando. Tú lo encontraste, guardándolo para dármelo luego, pero tuvo lugar el accidente. Y no podía ser Geo quien lo pusiera en el coche, porque él llegó después que nosotros dos.

—Yo no quería complicarte a ti, Hart —balbució.

¡Ya estaba a punto! Me daba excusas, el desgraciado.

—Y Dunn dijo que la cartera estaba bajo el coche. Sólo tú, el primero en llegar pudo empujarla. ¿Quién de nosotros tres tenía un cerebro leguleyo que supiera aprovecharse de un testamento? Tú. Te fuiste montando en el sillín trasero de la moto de Dunn en busca del médico: esto te dio la oportunidad de decirle al muchacho dónde habías escondido la cartera. Le amenazaste, ¿verdad?, afirmándole que si no te ayudaba, tú podías complicarle la existencia.

—¡Pero él intentó traicionarme! —estalló mi nervioso amigo—. Escondió la cartera, pero no quiso decirme dónde. Pero se lo hice confesar poco antes de eliminarlo. Y cuando vosotros dos estéis muertos, nunca me cogerán, porque la policía no tiene ninguna prueba contra mí. Pobre Brod, ¿eh? Sudando para vivir justo en una ciudad mísera. Todos sintiendo lástima por el pobre Brod. ¡Ahora se acabó! ¡Y vosotros dos vais a morir!

Estaba ya a punto de estallar. Le grité:

—¡Espera, Brod!

Pero me contestó con un disparo que me clavó astillas de piedra y madera en una pierna. Yo cogí una piedra gruesa como mi cabeza, oyendo los pasos de Gavin que intentaba contornear el pozo para conseguir un disparo más certero.

Hice rodar la piedra hacia la boca del pozo..., y me puse a rezar.

Apareció Brod Garvin y tuve la esperanza desesperada de que la piedra rodando le llamase más la atención que yo...

Me abalancé por cálculo aproximado hacia el rifle, y al mismo tiempo asestando un izquierdazo. Mi diestra rozó el cañón, pero sin poderlo coger.

Imprecó Brod, porque el zurdazo sí que le había tocado. Mi

segundo zurdazo perforó el aire. Y tuve que luchar para conservar el equilibrio.

Brod Garvin iba retrocediendo, con pánico, gritando hacia donde la piedra había rodado:

—¡No te acerques más, Rivers, no te...!

Y lanzó un alarido de terror. Hubo sonidos confusos, y el alarido fue perdiéndose en su caída hacia el fondo del pozo, acompañado por el retumbar de piedras desmoronándose a los lados del pozo...

Yo aplasté a Marion contra la pared rocosa. Del pozo se iba elevando densa polvareda. Cesó el horrible alarido, volvió la quietud, y en la entrada del túnel seguía la abertura hacia el día, hacia la vida.

Atando la cartera en torno a mi cintura con su cuerda, pude sacar a Marion del túnel asfixiante, después de reptar lo que me pareció un kilómetro.

Tendí a la desvanecida Marion a la sombra de un roble. Sólo tenía una mejilla arañada y una mano despellejada levemente. Y yo únicamente tenía una pierna sangrando, algún que otro arañazo de piedra y madera...

Nada. Vivíamos. El sol brillaba. Y ella abrió los ojos, queriendo hablar. Le puse los dedos en los labios.

—No, mi vida, ahora no. Ya hablaremos de lo que acaba de pasar..., dentro de algún tiempo. Por ejemplo, cuando celebremos nuestras bodas de plata. Ahora pensemos sólo en que apenas nos cambiemos, vamos a casarnos. Encontrarán al pobre Brod disfrazado, con su rifle... Esta cartera con los dos testamentos alegrará a Jess y al fiscal...

Iba ella parpadeando. Me apartó los dedos y sus labios me dieron la aprobación definitiva. Para nosotros dos ya no había más que un mundo privado, muy nuestro, repicando a boda.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCIÓN»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

